

FELIPE **MARILAO** GONZÁLEZ

PAPELES **FALLIDOS**

* * *



Santiago | Chile | 2024

Ch.863
M.336

Marilao González, Felipe, 1982 -

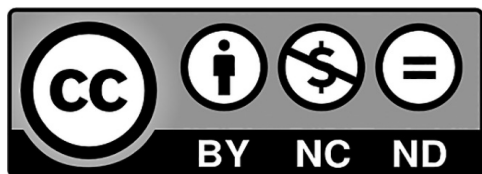
Papeles fallidos / Felipe Marilao González

Santiago, Olga Cartonera, 2024.

60p. : 29 x 22cm

1.- Literatura 2.- Cuento Chileno

I. Autor II. Título



Papeles fallidos por Felipe Marilao González se encuentra con licencia creative commons 4.1

Registro de Propiedad intelectual N°2022-A-9008

@Olga Cartonera

www.olgacartonera.cl

Twitter: @olgacartonera

Facebook.com/olgacartonera

Instagram.com/olgacartonera

contacto@olgacartonera.cl

Idea Original Isotipo: Fernanda Pastén

Diseño Isotipo: Muriel Velásquez

Diagramación: mmugnoz@yahoo.com

Este ejemplar n°_____ es único, original e irreplicable
y está hecho a mano por Olga Cartonera

ÍNDICE

7		Ecos del invierno
10		La memoria del fuego
12		El Fila
17		Heroísmo en lengua extranjera
20		Entre el sol y el mar
22		Número equivocado
26		Algo para mi niño
29		Pieza 315
31		Recomenzar
36		Fundación de una patria
38		La escondida
41		Tren con destino poniente
44		Afuera ya no hay monstruos
48		A la luz de la ventana
52		Al final de la lista

ECOS DEL INVIERNO

«Yo había comprendido hace muchos años que no hay cosa en el mundo que no sea germen de un Infierno posible».
BORGES

El hombre miraba desde el puente el triste avance del río. Parecía un mendigo cualquiera, cegado por el amanecer; uno de los muchos que pululaban por la ciudad rumiando la pobreza en el mundo, pero en sus ojos había una pena antigua, como si en la memoria se le hubiese oxidado un solo momento ineludible. Sus manos apretaban contra el pecho un bulto que se esmeraba en ocultar, mientras sus ojos se perdían en el vaivén del río invernal. Una magia oscura lo embujaba. Con el corazón prisionero, abandonó aquel puente donde los signos comenzaron a llamarlo.

El miedo lo había llevado a la calle aquella jornada, como tantas otras: con prisa buscaba madera y ladrillos para animar el fuego que alejaba el corazón de su mujer del frío, la lluvia y los recuerdos. La cosecha había sido pobre, pero de repente esa noche le regaló un misterio. Aturdido por la mixtura de luces y sombras en las calles, creyó hallar una indescifrable oscuridad sobre la acera de un pasaje. Al principio no pudo ver más que formas extrañas, mas de pronto una de ellas apareció ante él, como un fantasma. Emocionado, el hombre la puso en el carro de supermercado que lo acompañaba todas las noches y apresuró el paso con el miedo a su espalda, porque el invierno no se había olvidado de él.

Cuando la encontró, la mujer ignoraba por completo la pobre hoguera que ardía bajo la sombra de un puente. El río, a cada minuto más fuerte, la hipnotizaba con su música. Era como si ambos, río y mujer, hablaran un lenguaje distinto, con palabras indescifrables, haciendo de ese idioma algo inasible para el resto del mundo. Al encontrarla envuelta en ese embrujo, el hombre la miró con ternura pero también con tristeza; la distancia se imponía entre ellos y los separaba desde hacía tanto. Por eso corrió a ella con alegría, creyendo que su regalo la ayudaría a despertar de aquella pesadilla que la ahogaba por tanto tiempo. Quizás ahí, pensó, está la llave para sacarla de este encierro. Tomó el pequeño bulto que había encontrado antes, envuelto con delicadeza en el chaleco, y se le acercó.

Cuando la mujer lo vio, su primera reacción fue de muda sorpresa; luego, sus ojos encontraron los de su marido, llorando y riendo al mismo tiempo: entre los pliegues del chaleco raído, halló la clara imagen de un bebé dormido. Lo encontré al fin, dijo el hombre, y lo traje para que lo cuides. Ella, rebasada de sorpresa y amor, explotó en una súbita risa que se trenzó al llanto feliz que la desbordaba toda. Algo se había derretido dentro suyo; la primavera le estalló dentro del pecho. De inmediato dijo que no era sitio para una madre y su hijo, que el niño podría resfriarse bajo ese puente tan húmedo, que había que salir de ahí. Llamó al niño Nicolás y, casi como por instinto, repugnó al río y su nostalgia. El hombre tuvo un leve temblor al oírla, pero no dijo palabra alguna. Entonces huyeron, él con el carro y los pocos bienes que tenían; ella, con la felicidad entre los brazos.

Ambos pasaron los días con Nicolás, a veces acostado en el carro que se improvisó como cuna, mas casi siempre era la mujer quien lo tenía en su regazo, mimándolo y protegiéndole del frío. Cada vez que ella lo mecía, el hombre creía ver sus brazos vacíos, acunando la nada, pero no lograba descifrar el por qué. En raras ocasiones paseaban con su hijo por el parque para que ella le mostrara las fuentes y las plantas y las luces como si le enseñase el mundo, regocijándose en su rostro, sin percatarse de las gentes que la ignoraban como si no fuera más que un fantasma sin esperanza. El hombre miraba a los suyos con amor y orgullo, mientras abominaba de los malditos diciéndose que nadie, ni siquiera la verdad, tenía el derecho de robarles la alegría.

Así pasó, para él y para el mundo, la sombra de dos días. A ratos, miraba a su mujer y su niño y creía que aquellos tiempos felices llegaban para colmarlo al fin. A ratos, sentía que ya había vivido ese momento, que todo formaba parte de una historia repetida, pero la alegría lo nublaba hasta ennegrecerlo. A ratos, imaginaba un tiempo donde la calle dejaba de ser la casa y la pobreza no era otra cosa que un mal sueño, que Nicolás había vuelto para tranquilidad de sus vidas, pero también algo le apretaba el pecho. ¿Un presagio? ¿Un recuerdo? Un sonido lejano, impreciso pero a la vez conocido, crecía para atormentarlo. Sin embargo, decía estar bien: a veces su mujer abrazaba al niño y a él con ciega vehemencia, como si le agradeciese el regalo en la profundidad de su caricia. Los recuerdos eran solo una pesadilla disfrazada de invierno y ya ninguno atendía a su propio miedo, al pavoroso eco de su destino, pero la última noche los signos

se presentaron ante él: estaba atareado en la búsqueda de comida cuando de pronto oyó el claro grito de un pájaro; recordó vagamente a otro igual de otras mañanas iguales y sintió un temor tan súbito como igual a otros. La sombra negra de aquel espectro rasgó el cielo y cayó en la cuenta de que ya despuntaba el alba; de pronto, unas leves gotas anunciaron la lluvia. La memoria volvió entonces a una mañana muy distante y sin embargo muy clara; el corazón se le detuvo de miedo. Corrió al refugio donde la mujer y el niño lo esperaban y no encontró otra cosa que una cama vacía. En el corolario de gritos, insultos, preguntas y respuestas incoherentes, la voz imprecisa de un hombre impreciso le dijo que una mujer y su hijo habían salido poco antes y supo entonces que lo había alcanzado el invierno. Traspasó el frío de aquellas horas con prisa e intuyendo el espanto se precipitó hacia el puente. Hacia ella.

Ahí la encontró, apoyada en la baranda, mirando el río violentado por la lluvia, las manos pálidas y trémulas formando una cuna, embrujada en el rugido del agua feroz, pero la cuna estaba vacía. El río se convertía rápidamente en la herida por donde la ciudad y él se desangraban. El día se aclaró de súbito: comenzó a llover y se vio de nuevo sumergido en aquella jornada monstruosa. Frente a él estaba la mujer, pálida y desencajada, con los ojos hechizados por el río y su música mortal. Él preguntó con terror.

—Rosa, ¿y el niño? ¿Dónde está el Nico?!

Y entonces oyó un susurro que traspasó todos los espacios, suave y sin embargo imponente ante todo sonido. La voz cantaba con tristeza *el río, el río*, y el hombre lo entendió todo. Nublado de odio, se abalanzó hacia ella, hasta que el grito de su mujer cayó por el puente y se fue a ahogar en la locura, aguas abajo. Se derrumbó y estuvo a punto de buscar el mismo destino hasta que vio el chaleco vacío en el piso y la pesadilla recomenzó. De nuevo fue el alba quebrándose; de nuevo encontró el rostro de su hijo, sonriente a pesar de la lluvia. De nuevo, lo tomó para buscar a Rosa y en ella la felicidad, en aquellos días de frío y tristeza.

¿Cuántos días habían pasado así? ¿Cuántas jornadas y episodios repetidos? Nadie nunca lo supo. Cualquiera que veía a aquel hombre en ese puente, acunando la nada entre sus brazos, miraba a alguien cada vez más viejo y gastado, parado a la misma hora cada tres días, como esperando un signo. No podían saber que en ese puente oxidado, en ese rincón olvidado del tiempo, un hombre vagaba perdido por un pasillo del infierno.

LA MEMORIA DEL FUEGO

Como un demonio que pasea distraído por un pasaje del infierno, el primer jirón de fuego se asomó lentamente por la esquina del pasillo. El color oscuro en las paredes de la cárcel, saturadas de inmundicia y de noche, devolvía la luz de las llamas en un reflejo de suciedad, repugnante y monstruoso. Entonces comenzaron los gritos; luego, los lamentos, el espanto, la agonía pública. Johnny escuchó el coro desesperado de sus compañeros multiplicarse en aquel lugar abominable y se dejó devorar por la angustia. Rodeado ya por el humo, hipnotizado por la danza de las llamas, sintió que la muerte lo alcanzaría para ahogarlo de fuego y terror. De pronto llegaron los gendarmes que, en principio hastiados por el bullicio, se dieron cuenta del miedo y del incendio descontrolado. Empezaron las órdenes irrisorias, las promesas inútiles, la esperanza asfixiándose con el humo, pero en ese desorden de gritos y llantos, Johnny recordó a su madre.

Sus ojos volvieron a ver entonces esa mañana de invierno, cuando descubrió las casas, las calles, la población de toda la vida quemada hasta los cimientos. Apenas pudo escapar del incendio con la garganta apretada y los ojos llorosos, para luego encontrarse con el cadáver atroz de su hogar. De pronto escuchó el grito desesperado de los vecinos: tiren agua, ya vienen los bomberos, ¿alguien

quedó dentro de la casa? Una voz imprecisa gritó que un hombre estaba atrapado en una de ellas. La ansiedad empezaba a ahogarlo. Johnny miró con miedo las flores abrasadas, la madera ennegrecida de puertas y paredes, las ventanas reventadas, el zinc de los techos hecho pedazos. De un montón de escombros un grupo de bomberos había rescatado un cuerpo, encogido y ajado por el fuego. Un grito se ahogó en la garganta del niño; quiso llorar y romper de un golpe el silencio ominoso, cuando sintió un leve abrazo. La tierna fuerza de alguien indescifrable se acercó para apretarlo, a repetirle que no mire, que no se acerque, que ya no se puede hacer nada. Y cuando creyó que la desesperación lo desbordaría al fin, la voz de ese alguien se le acercó al oído como cantando una música, recitando un misterio.

Entonces Johnny oyó la voz de su madre, que en un susurro le decía que no tuviera miedo, que estuviese tranquilo, que Dios perdonaba los pecados de quienes morían abrazados por el fuego y los reunía con sus muertos en el Paraíso. Esa promesa recordó, atrapado en la celda sin salida de la Torre 5, cuando vio avanzar el fuego por las paredes del abismo, única luz entre la oscuridad terrible del encierro. Entonces, abandonó la lucha inútil de sus compañeros de celda, tomó su rosario —la única posesión que conservaba— y se acostó en su catre con los ojos cerrados, imaginando que los gritos enloquecidos de los demás eran la formación de una letanía, de un canto de liberación; y rezó en silencio, para no interferir la perfección del horror. «¡Mami!» alcanzó a gritar, justo antes que las llamas lo apagasen para siempre.

Los bomberos avanzan asustados por los pasillos de la cárcel. En cada esquina, en cada celda, observan los cadáveres, las caras donde el incendio ha escrito el nombre de la desesperación y la muerte. Los vivos tiemblan al recorrer aquella casa de espanto, hasta que dos de ellos descubren, en una celda atestada de cuerpos quemados, algo que no habían previsto: en uno de los catres, con los brazos cruzados sobre el pecho y casi desarmado por el fuego, un hombre parece dormir. Los bomberos se acercan y logran contemplar lo increíble: para su sorpresa, para su terror, ven una sonrisa humeante en la boca del muerto.

EL FILA

Lo llamé «Fila» desde que descubrimos por primera vez al perro del viejo Aurelio. El hombre salía del almacén en la esquina del pasaje Socos con un animal que nunca habíamos visto: el poderoso cuerpo de pelo amarillo armonizaba con el gran hocico, las largas orejas, los tristes ojos negros. Cuando lo vimos, él dio un grito lleno de asombro: «¡Es un Fila, hueón! ¡Es un Fila!» y entre la risa de ambos me dijo que era un perro de raza, de Brasil, muy difícil de encontrar en el país. Nunca supimos de dónde lo sacó el viejo, pero tan embobado quedó mi amigo por el porte y la tosca gracia del animal, que desde ese día lo llamé Fila. Otra gente lo llamó con otros apodos, pero así quedó para mí.

Nos conocimos en primero medio en el liceo: entró a la sala acompañado de un profesor, con el paso tranquilo y la boca muda. Era un mal alumno, pero no por falta de habilidad. Las clases, el estudio y el rigor marcial del liceo ochentero le eran del todo indiferentes; su interés, tal vez su única pasión, eran los perros: perros de casa, perros de la calle, perros pequeños y grandes, perros quiltros y de raza, perros bravos, perros tristes, perros gordos o hambrientos, todos encerraban para él una alegría y una novedad. No compartía con nadie; su única distracción en los recreos era un libro grande, lleno de fichas y datos y fotos de distintas razas de perro. Nadie conseguía

apartarlo de su soledad, hasta el día en que le partió la cara al Juan, un alumno de cuarto medio que acostumbraba a golpear a todos y que quiso quitarle el libro. El Juan quedó tirado en el patio del liceo y por puro instinto recogí el libro que quedó tirado en el piso, mientras el Fila amenazaba al caído con el puño cerrado y los ojos ardientes. El Juan nunca más se le acercó y mucha gente temió la ira del Fila, pero yo lo seguí hasta la casa donde vivía, por curiosidad o miedo, con el libro entre los brazos y el pecho apretado. Cuando me vio con el libro, se rió y yo también me reí. Nos hicimos amigos así, de golpe, envueltos en aquel instante extraño y jocoso.

Supe entonces que vivía al lado del almacén en el pasaje Socos junto a la señora Benita, conocida en todo el barrio como la Tía, mujer tan dispuesta para el cariño como para el chisme y que cultivaba ese talento junto a una congregación de viejas cuya única diversión era conversar sobre el último rumor en la villa, exagerado por la imaginación, el desprecio o la risa. En ese paisaje ruidoso se movía, con curiosa comodidad, el Fila; apenas cruzaba palabras con las viejas del pasaje y su relación con la Tía era de un amistoso silencio, a veces interrumpido por alguna petición de favores o un gesto cordial. En tanto, el incesante rumor de las vecinas decía que el Mario —así se llamaba mi amigo— venía del sur, que de allá no traía más recuerdo que la tierra de los zapatos, que venía a vivir y estudiar a Santiago. Otras decían que la Tía era en verdad hermana de su madre y que el niño había dejado en el sur una infancia difícil y el nombre de aquella mujer escrito en una lápida. La Tía, sin embargo, calló al respecto como pocas veces lo hizo, y él se lo agradecía en silencio.

Lo único cierto era que el Fila amaba a los perros y los perros a él. Creo que se parecían hondamente: la simplicidad, la fidelidad y la violencia eran lenguajes rutinarios para ambos; también la costumbre instintiva o trabajada de vivir en el goce del día mismo, sin atender a los recuerdos, sin memoria ni futuro. En efecto, ninguna idea circuló por su cabeza hasta el día en que vio al Aurelio con su perro. Desde entonces, la obsesión de ver y acariciar al increíble animal lo abrumó, como quien descubre en la cotidianeidad una belleza hermosa y terrible, a la que no puede renunciar aunque lo lleve a la muerte. Por eso no me sorprendió cuando me dijo que quería acercarse al perro del Aurelio, aunque nos inundó el miedo. Ambos habíamos escuchado a las viejas murmurar no del perro, sino de aquel hombre impenetrable y feroz. El Aurelio era un tipo tan callado como misterioso, y tenía la cara endurecida como si la rabia contenida dentro de él brotara en el par de ojos negros, como dos carbones listos para prenderse y quemarlo todo. Decían que el hombre había sido boxeador, que la nariz rota y aplastada contra la cara era el último recuerdo de sus años de gloria; algunas viejas cuchicheaban que las manos pesadas del Aurelio cobraron un par de vidas en algún cuadrilátero olvidado. Con ese terror querían alejarnos, pero pasaron los días y el sueño del Fila siguió creciendo, y sus ojos se encendían al ver pasar al viejo junto a su perro.

Un sábado, ambos caminábamos por las calles de la villa, hasta que llegamos a la casa del Aurelio; como pocas veces, la reja del antejardín estaba sin llave. El perro dormía ahí, con las patas cruzadas bajo la pesada cabeza. El Fila se quedó frente a la reja, aguantando la respiración. Entonces, a pesar de mis advertencias se metió para ver de cerca al animal enorme. Entró al jardín con el paso liviano, como para

no romper la quietud del aire, pero el perro lo sintió y se puso de pie rápido, con ganas de pelea. Solo una cadena, que estaba fija con candado al tronco grueso de un árbol, impedía que el animal saltara sobre él y le mordiese el brazo o la cara. El perro soltó un ladrido ronco y terrible. Se me heló el corazón, pero el Fila se le puso de frente, sin miedo. Los ladridos, lentos y amenazantes, se fueron haciendo más espaciados y lastimeros. El silencio finalmente se hizo entre los dos, hasta que el perro se sentó delante de él y empezó a jadear. Y el Fila estuvo a punto de hacerle cariño en la cabeza, cuando salió el Aurelio con una escoba en la mano, los ojos hirviendo, gritando maldiciones al niño que invadía su jardín y le domaba al guardián indomable. Salimos corriendo de ahí, alejándonos de los gritos. Yo temblaba de terror por los ladridos del perro y la voz furiosa del viejo, pero el Fila me miró con los ojos brillantes: no paraba de reír.

Desde entonces, una extraña sintonía se empezó a formar entre mi amigo y el perro. Cada vez que el Aurelio sacaba a pasear a su mascota por la villa y nos encontraban, esta se ponía a ladrar, juguetona e inquieta. El viejo veía al Fila con recelo y no quiso saber nada de nosotros al principio, pero terminó por ceder al perro ansioso y al niño que quería acercarse para hacerle cariño. Cuando vio que el animal se entregaba feliz a las caricias de mi amigo, comenzó a tratarnos con menos distancia. Pronto le ganó la confianza y nos dimos cuenta de que el Aurelio no era el hombre temible que nos habían pintado, pero que sí era, como el Fila, un hombre silencioso y solitario. Con el tiempo empezó a enseñarnos todo lo que sabía de los perros, del boxeo, de la euforia del triunfo, de la vida en soledad; lentamente nos fuimos volviendo amigos con el viejo Aurelio, pero entre él y el Fila la relación se volvió más profunda, como si los dos, solos, callados y furiosos, se completasen de alguna forma. El Aurelio, recordando sus viejas glorias, le enseñaba algunas técnicas de boxeo al Fila y mientras este se movía lanzando golpes al aire, el viejo lo animaba con afecto. Mi amigo hacía caso en todo lo que le decía y le brillaban los ojos cada vez que el Aurelio le daba un grito de apoyo. Acostumbraron a pasear por las calles de la villa junto al perro, mientras la Tía y el resto de las viejas hablaban sobre ellos, ya no inventando historias negras sobre el Aurelio, sino que admirando la amistad del viejo, el niño y el perro. Era extraño verlos así, los tres juntos paseando sin que nadie les impidiese el paso, mientras yo los miraba desde lejos. Así anduvieron por un buen tiempo, sin que nada les preocupase más que ellos mismos.

No recuerdo muy bien cómo pasó, pero las viejas nos contaron que una mañana de jueves, cuando el Fila y yo estábamos en clase, alguien entró a la casa del viejo Aurelio. Nos dijeron que hubo una pelea, que se oyeron insultos, gritos y ladridos, hasta que la bulla se terminó con un estruendo tan fugaz como aterrador. Cuando el silencio dio paso a la curiosidad, las que miraban desde la ventana vieron salir de la casa del Aurelio a un tipo corriendo, con un brazo sangrando. Algunas intentaron alcanzarlo sin éxito; aun herido era más rápido y escapó dejando un horrible sendero rojo por el asfalto del pasaje. Otras viejas que lograron entrar en la casa gritaron, lloraron y maldijeron al extraño fugitivo. La Tía pudo entrar a pesar del desorden y de una vecina que se desmayó en la puerta de la casa, sólo para ver con triste horror al perro del Aurelio, que echado con una herida de bala trataba de despertar con lamidas y aullidos desolados al amo tirado en el piso del living, sobre un charco

de sangre que lentamente se hacía más grande y ya alcanzaba las patas de los sillones. El viejo estaba muerto. La cabeza rota de un balazo.

En el funeral hubo mucho ruido, como acostumbraba la gente de la villa cuando la pena o la indignación los superaba. Llantos e insultos contra el extraño asesino se fueron uniendo en un coro desordenado de lamentos. Algunos pocos clamaban a gritos pidiendo justicia, venganza o algún castigo divino, como si eso sirviese de algo para recuperar al Aurelio. Hasta la Tía lloraba al viejo sin consuelo; tanto así se había encariñado con él por querer y cuidar al Fila, pero él y yo estábamos callados. No sabía qué decir para animarlo, mientras él miraba hacia el ataúd, inmóvil; su cara no expresaba dolor alguno. Cuando el Aurelio ya estaba en su nicho y las viejas comenzaban a alejarse algo más calmadas, lo vi acercarse al cúmulo de coronas que tapaban la entrada al hoyo donde estaba el ataúd. Miró las flores, los arreglos, tal vez imaginando el cuerpo del viejo vestido con su traje de muerte. De pronto dio la vuelta para alcanzar a las mujeres. Se acercó a mí; la cara seguía inexpresiva, pero el temblor de los párpados y el brillo de sus ojos húmedos lo denunciaron. Me miró, los ojos a medio camino entre el odio más infame y la pena más amarga. Nada nos dijimos; no hacía falta.

Tampoco el perro sobrevivió, aun cuando la Tía y las viejas pagaron un veterinario para sacarle la bala. El patio en la casa del Fila sirvió como improvisado cementerio para el animal, pero pronto la pena de las calles dio paso al odio: un día supimos quién fue el asesino. Todos lo conocíamos, de cara o de nombre: le decían Charly; era un ladrón que robaba casas en la villa y le tenían miedo en todas las calles cercanas, mas con el Aurelio y la gente del Socos nunca antes se había metido, hasta ese día. No supimos qué le dio el valor para entrar en la casa, pero sí que llegó con una pistola, tal vez consciente del terror del viejo y su perro. Dijeron que estaba drogado y que se había defendido por instinto cuando fue mordido en el brazo. La policía lo buscó un tiempo, desligándose pronto del tema; el Charly se ocultó bien y el temor que le tenía la gente de la villa le dio ventaja, hasta que un grupo de hombres del pasaje lo agarró cuando trató de robarle a una vecina y ellos mismos lo fueron a entregar a la comisaría. No quisimos decirle al Fila hasta que lo habían entregado y cuando supo, nos maldijo por habernos callado. Por un tiempo nada se dijo del Charly; creímos vanamente que la calma había llegado, pero no entendimos que el corazón del Fila todavía no estaba tranquilo.

Desde el día en que el Aurelio murió y más aún desde que agarraron al Charly, el Fila se fue consumiendo en una amargura cada vez más profunda, embriagado de soledad. Apenas hablaba con la Tía y conmigo. Sentí que la tristeza fue creciendo en él y su odio a la par. En las calles de la villa, en el pasaje Socos, en el liceo, el Fila se volvió una sombra; a cada momento volvía a alguna memoria del Aurelio enseñándole golpes, del Aurelio caminando a su lado, del Aurelio contando historias graciosas o absurdas, del perro que siempre estaba junto a ellos. Tanto había luchado para no traer recuerdos del sur, para dejar el dolor enterrado en el tiempo, y la fresca desgracia de Santiago llegaba para atormentarlo. Con su tortura fue creciendo entre nosotros la angustia y el miedo, que recrudeció cuando, varios meses después, supimos que el Charly había salido en libertad. Buena conducta, nos contaron las viejas.

Por eso no me sorprendió lo que la Tía me dijo tiempo después, cuando los años habían pasado y la tristeza era un lejano recuerdo para nosotros: una noche, el Fila caminaba por las calles de la villa, hasta que encontró una sombra que vagaba distraída cerca del pasaje Socos; la pobre luminaria no le permitió ver bien el rostro, pero sí la feroz cicatriz de una mordida de perro en el brazo derecho. Pronto la cara fue inconfundible incluso en la penumbra y pudo ver al Charly a los ojos. Entonces, entendió que ese brazo marcado era un signo, una conversación pendiente entre él y su destino. Ambos desaparecieron entre los velos de la noche triste. El Fila volvió a su casa la siguiente mañana, la ropa sucia, el rostro golpeado y la boca muda. Nunca dijo lo que pasó en aquella oscuridad.

El Charly no apareció nunca más.

Después, todo pasó muy rápido. La policía investigó la desaparición del Charly, pero tanto la Tía como las viejas del pasaje actuaron como si después de la muerte del Aurelio no hubiese pasado el tiempo; decían que quizás seguía preso o que estaba escondido o robando alguna casa en las poblaciones vecinas: nadie sabía nada de él. Luego, el asunto se fue muriendo en las calles y pasajes de la villa y la policía dejó el caso de lado, otra vez. Nadie echó de menos a ese hombre perdido, pero pronto corrió el rumor de que el pasaje Socos estaba maldito, que un perro negro salía para cazar a los malvados, con la complicidad del silencio y la noche. Esa y otras historias se contaron, pero la Tía y el Fila nunca dijeron nada al respecto, hasta la noche en que ella me contó y se quedó tranquila. Él siguió su vida junto a nosotros, pero sus ojos ya no ardían con el mismo fuego: había en ellos soledad, pero también una quietud; un alivio, como si se hubiera sacado de encima un peso amargo que le rompía los huesos.

La última vez que lo vi, fue en una foto que él y la Tía me mandaron en un correo electrónico. Muchos años antes, el amor me había llevado fuera del país y ellos eran la única cuerda que me ataba al pasado. Nos mandaban cariños. La foto no escondía el paso del tiempo en sus caras, pero vi a aquel hombre dibujando una sonrisa y creí ver de nuevo al niño que paseaba junto a un viejo y su perro. La Tía estaba junto a él y a su derecha, un perro enorme de largas orejas mostraba la lengua brotando del hocico negro. Nos decían que su nombre era Aurelio y supe entonces que el recuerdo no me había engañado. No pude contener la voz:

—¡Es un Fila, mi amor! ¡Es un Fila!

HEROÍSMO EN LENGUA EXTRANJERA

Corría el primer año de inglés en la escuela y Vicente, de diez años fugaces y con un quinto básico a cuestas, estaba harto de tener otro obstáculo entre él y la promesa de una tarde de baby fútbol con sus amigos. Apenas entendía algunas palabras y frases de aquel idioma extraño y pomposo; tener que aprenderlo y repetirlo a la fuerza lo tenía muy molesto. Las clases se le hacían tan largas como cansadoras y la espera previa de cada miércoles aun peor, pero cuando desde Dirección dijeron que la profesora del ramo había caído enferma y que debía guardar reposo hasta final de semestre, al niño le brillaron los ojos.

La alegría duró poco: pronto dijo la directora que la reemplazante debía llegar en los próximos minutos. La frágil esperanza se ahogó, de nuevo, en el aburrimiento; los minutos se hicieron nuevamente largos en esa tediosa espera. Vicente pensó entonces en alguna forma de escapar, de escabullirse por la puerta y esconderse en el rincón del pasillo, donde el bloque de salas y una gran pared al final dejaban un pasaje pequeño y secreto, usado con frecuencia por los alumnos y que él había seguido varias veces para demorarse o evitar por completo esa y otras clases. Todo eso maquinaba en secreto, sin compartir sus planes con nadie, hasta que las conversaciones de sus compañeros de clase callaron de pronto: una figura

delgada se asomó a la puerta. Vicente la vio y no supo responder si había caído en un sueño; pronto los murmullos inquietos de los demás le indicaron que sus ojos no lo habían engañado: con graciosa lentitud, de falda blanca hasta la mitad del muslo, chaleco ajustado de verde gracioso, pelo azabache y trenza María, Vicente vio entrar en la sala a Afrodita. De cara blanca que apenas disimulaba una noche de insomnio, maquillaje simple y ojos de leona, Miss Beatriz miró a sus alumnos y mientras la directora abandonaba la sala, les dijo con una sonrisa que ella sería la nueva profesora de inglés, reemplazando a la maestra titular durante su ausencia.

El corazón de Vicente se arrebató en un palpar furioso. Con el pecho anegado por la ansiedad, creyó que a ese lugar tedioso se había desviado un rincón del paraíso. De pronto, supo que esa misma excitación se había apoderado de la sala al oír la risa nerviosa de sus compañeros, pero no dijo nada. Miss Beatriz buscó el libro de clases, dijo un nombre de la lista y el niño elegido pasó al frente, presa del pánico por la risa de sus compañeros, pero sobre todo por la sonrisa y los ojos seguros de la profesora, quien le pidió decir cualquier oración o frase en inglés que supiese para iniciar la clase: así era su método, que repetía religiosamente en cada jornada. A veces el niño elegido decía algo y la profesora tomaba un elemento de la oración para comentar la materia de ese día mientras le agradecía con entusiasmo; otras, el alumno no sabía que decir por la vergüenza, pero ella le ordenaba volver a su lugar con gesto dulce, sin el mínimo rastro de enojo y frustración, mientras todos los niños la miraban, felices. Así se fueron repitiendo las jornadas y los niños pasando al frente, y para Vicente las clases de inglés ya no eran lo mismo de antes; si antes hacía lo posible para demorar su llegada o no entrar, ahora estaba en su silla cinco minutos antes del fin del recreo y era el primero en ver a la profesora, pero cuando ella lo saludaba con entusiasmo él respondía con un "hola" inquieto y se ocultaba en las hojas de su cuaderno que repetía con caligrafía torpe la misma palabra cientos de veces: Beatriz.

Las clases se fueron sucediendo y Vicente no era nombrado, pero a él no lo incomodaba; le era suficiente estar presente en la sala antes que todos, aunque en secreto quería pasar al frente y verla de cerca. Muchas veces soñó ese día y ese día llegó: Miss Beatriz buscó un nombre en la lista y halló el de él, y recordó que nunca había escuchado su voz del todo; dijo su nombre y la sala calló. Vicente miró a la profesora, luego a sus compañeros, se levantó de su puesto al final de la sala y caminó con lentitud, comiéndose las mejillas por la vergüenza. El murmullo de sus compañeros no lo ayudaba a tranquilizarse. Cuando llegó finalmente al frente, Miss Beatriz habló:

—¡Buenos días, Vicente!— dijo con alegría y el niño quedó atónito por la dulzura y picardía de la voz—. Ya sabes: quiero que me digas una oración en inglés; cualquiera que se te ocurra, para poder iniciar la clase —agregó, mirándolo con atención y sin desviar los ojos a nada más.

Pero la mirada felina de Miss Beatriz y las risas de sus compañeros avivaron en Vicente un fuego que no sospechaba tener y que ella no previó. Apenas había terminado de escuchar la pregunta, el pecho del alumno ardió de súbito: tanta belleza, tanta lozanía, tanta ternura y femineidad, como no había conocido antes en el mundo,

no podían pasar sin ser honradas. Sus ojos brillaron, aclaró su garganta y con la voz clara y veraz de la niñez, exclamó mientras la miraba a los ojos:

—I love you!

La sala quedó en silencio. Vicente sintió un escalofrío y volvió lentamente a su puesto; sentía que un hielo se había derretido en su pecho. Contento, vio a sus compañeros que lo miraban con las caras llenas de sorpresa, de complicidad y de triunfo. En tanto, Miss Beatriz quedó silenciosa por un momento. Tenía la cara intensamente pálida, pero un leve rubor acusó algo de vida en su rostro inmóvil. El niño sacaba lápiz y cuaderno para atender a la clase de inglés con el corazón alegre, cuando ella por fin sacó la voz:

—Well done, boy. Well done.

ENTRE EL SOL Y EL MAR

Cuando sus pies se despegaron del piso del avión, el vértigo y la velocidad de la caída lo confundieron. Dolorido, intentó abrir los ojos; pese al viento que le chocaba en la cara y al desgarró creciente, pudo ver en el horizonte la sombra de las montañas recortadas contra el sol del amanecer y, abajo, el mar: el enorme muro azul se hacía rápidamente más y más grande y entendió que la muerte que trató de eludir por meses lo había alcanzado por fin. Recordó entonces a sus amigos y compañeros, a otros que habían encontrado el mismo destino, a quienes pudieron escapar y el terror de los días anteriores en que fue atrapado, golpeado e interrogado por cosas que sabía y otras que no, pero de pronto el dolor del vientre rajado fue tan intenso que lo abrumó. Ya no había más incertidumbre; el hombre iba a morir, pero una calma resignación empezó a crecer en su pecho. Como pudo vio el sol ascender lentamente entre las montañas y creyó que ese sol no era sólo el del día presente, sino también el de la víspera y del día venidero. Pensó: *en un momento que no conozco, un ayer me intuye; un rostro del presente me busca; un futuro me recuerda*. Sintió que, arrastrado hacia el fin, su existencia crecía sin límites; que su nombre se hacía reconocible en todos los rincones de la Tierra.

Entonces, su resignación se transformó en alegría: el viento pegándole en la cara ya le era indiferente. Arriba, el avión, los soldados, el corvo infame que lo había desgarrado, eran un momento condenado a perderse en la luz; abajo, el océano parecía un enorme espejo azul, que hacía su propia imagen más y más grande a cada segundo, y sintió que el dolor, el vientre rajado y sangriento y los huesos quebrándose por la caída eran un justo precio para alcanzar la eternidad. La muerte lo abrazó poco antes de que el riel de acero lo sumergiese en el abismo. No alcanzó a sentir el mar.

NÚMERO EQUIVOCADO

El sonido de la llamada lo tomó del todo desprevenido; el teléfono acostumbraba a ser un adorno silencioso e inútil encima de un mostrador de vinos vacío e igualmente inútil, pero sin aviso comenzó a sonar y el tono de llamada hizo remecer a Andrés y con ello a toda la casa. No debería, se dijo, pero también recordó que formaba parte de un puñado de personas con un teléfono fijo en su casa y que lo había contratado por honrar la petición de su madre "para llamarte en caso de que el celular no funcione", le había dicho. Ya no importaba que hubiese enterrado a la vieja hace meses y que tanto el encierro obligado por la plaga como el desdén que el resto de su familia sentía por él lo hiciera estar casi del todo aislado del resto del mundo: el teléfono ya estaba ahí, seguía sonando e intuía que no dejaría de sonar hasta que contestase para oír quién llamaba.

Se llevó el auricular al oído: una mujer le preguntó por los servicios que ofrecía su fundación para levantar un par de mediaguas en una población que estaba patrocinando. La voz era amable, casi dulce, aunque disfrazaba malamente el cansancio y quizás un dejo de preocupación. Andrés dijo que no, este es un número particular, seguramente alguien le dio el dato errado y no, no se preocupe, todos nos equivocamos, no hay problema; a los pocos segundos de colgar sintió

en el pecho una súbita congoja; hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie que la voz de la mujer, que lo necesitaba aun cuando fuese por error, le pareció un sabor nuevo.

El error significó al principio un hecho curioso, pero cuando se repitieron nuevas llamadas haciendo las mismas preguntas, Andrés se preguntó si podía hacer algo nuevo con ello. De inmediato buscó en la red la página de dicha fundación y averiguó todo lo posible sobre los servicios que ofrecían, el detalle de estos, los requisitos y nombres de los encargados; para su fortuna la página era muy detallada. También buscó el número central de contacto: en efecto, era muy similar al suyo, pero el de la fundación tenía un cero adicional que las personas por equivocación omitían. Pensó entonces que no había nada malo en darle más información a las personas que llamaran para alargar las conversaciones y quizás hablar de otros temas: ¿Cómo iba el día? ¿La rutina? ¿La vida? Para él, crear un personaje o una mentira no era difícil; muchas veces lo hizo de niño para escapar de clases, del reto por una mala nota o de la culpa por alguna travesura adolescente; le sirvió para evitarle tristezas a su madre y también, aunque en su momento no lo pensó así, para evadir sus propias tristezas. Muchas veces se dijo que de no estudiar contabilidad le habría gustado ser actor, pero era mejor mentirse y terminar la carrera para esquivar la decepción de su madre por no verlo convertido en profesional. Ahora no sabía muy bien qué quería eludir: tal vez el aburrimiento, la rutina, la lenta ansiedad de ver que cada día nuevo es tan parecido al anterior. Entonces ideó toda una trama privada para poder contestar el teléfono si volvía a sonar; ya armado el escenario, solo cabía esperar a que el momento volviera a ocurrir.

Y más temprano que tarde, ocurrió: unos días después, tres llamadas llegaron preguntando por la fundación, pero él ya no era el hombre solo y confundido y quizás algo molesto por una llamada errada a su número, sino un afable ejecutivo telefónico dispuesto a recoger y disipar todas las dudas posibles respecto al servicio de mediaguas, su costo y tiempos de instalación. A veces, sólo oír por primera vez el tono de voz del hablante le hacían desear no haber contestado nunca el teléfono y declarar el error: le faltó un cero, le dieron mal el número, no se preocupe, colgar, olvidarse, pero hacerlo podría significar el fin del truco, por lo que se mantenía firme en la ejecución de su papel; otras veces, cuando se sentía cómodo, contestaba amablemente las dudas de los clientes y a veces, ya fuera porque cambiaba el tema con habilidad como porque la conversación fluía a otros caminos, saltaba a otros temas: primero el clima, luego que cómo va su día, a qué se dedica, ¿en serio?, se oye tan jovencita para ser mamá, yo soy soltero y vivo solo, sería bueno compartir un traguito un día de estos. Muchas veces quiso intercambiar con el interlocutor su número personal para seguir conversando sobre los días de encierro, lo difícil que es sentirse inerte en casa, lejos de todo, pero romper su personaje arriesgaba todo su plan. Cuando la farsa había llegado un poco lejos, su respuesta era que comuníquese con mi jefe para que aclare todo, este es el número de contacto, anote bien porque de repente me llaman de nuevo y no sé qué más decir, no se preocupe porque estamos para ayudarlo.

Andrés interpretó su papel sin fallos durante semanas. El hombre se sentía a gusto con la historia inventada, con su desempeño como telefonista ficticio de una fundación que nunca conoció; sin embargo, a pesar de que el juego lo encendía, no había sentido lo mismo que la primera vez que recibió la llamada errónea. En secreto incluso para sí mismo, deseaba encontrar la misma voz, la misma emoción que lo llevó a idear toda la trama descabellada; por eso, cuando la oyó al otro lado de nuevo, sintió que el corazón se le desbocaba. Refinó un poco la voz y pese a los nervios repitió el mismo libreto ensayado en tantas otras conversaciones falsas, pero el temblor con que recitaba cada línea era muy verdadero, su respiración un poco más fuerte y las pausas para reponerse, algo más largas. Se contentó entonces con escucharla: su nombre era Ofelia, pertenecía a una fundación que ayudaba a gente de escasos recursos y requería un par de mediaguas para unas familias que habían perdido todo en un incendio y que era urgente auxiliar. Andrés le dio el número de un agente especializado para que le ayudase a coordinar la entrega con el centro de distribución, pero cuando estaba por cortar escuchó una música de fondo al otro lado del auricular. ¿Le gusta Queen? Me encanta. Freddy Mercury es el mejor. ¿Y cuál es el tema que más le gusta? ¡Qué coincidencia! *Somebody to love* también es mi favorito. Y la conversación pasó curiosamente a temas más personales. ¿Es su fundación? ¿Hace cuánto trabaja ahí? No, yo estoy hace poquito, no sé todo porque aún soy nuevo y me están entrenando, si quiere llama mañana para que la siga orientando. Es un agrado hablar con usted.

Hay días donde lo que llamamos felicidad no es nada más que una farsa; el papel teatral que interpretamos para evadir el dolor y la soledad. Las conversaciones entre Andrés y Ofelia se extendieron por muchas semanas más y él se sintió tan confortado, tan dolorosamente feliz, que optó por rechazar cualquier nueva llamada preguntando por los servicios de la fundación, y declarar de inmediato el error antes de caer en otro engaño, porque en el fondo sabía que ese breve instante de alegría entre ella y él no eran otra cosa que un par de papeles fallidos que ella no sospechaba y él temía verlo terminar. Y aunque sospechaba que ocurriría pronto, intentó extender la comedia hasta el fin. Cuando la llamada furiosa de Ofelia echó por tierra todo el tinglado que le tomó tanto armar, la pena lo tomó como un viento helado en el pecho desnudo: ya sé que no hay ningún Andrés en la fundación, me siento como una estúpida; ¿quién chucha te crees para mentirme así, hueón? Andrés no supo ofrecerle otra respuesta distinta al silencio, y cuando ella terminó de gritar él le dijo perdóname, no sabes lo importante que has sido todo este tiempo, soy un hombre muy solo.

No sabes cuánto necesito que alguien me hable.

Los días y las llamadas erradas se repitieron con dolor; Andrés ya ni se molestaba en declarar el engaño y sólo cortaba cuando oía que necesitaban saber el precio de una mediagua. Ya no tenía corazón para montar otro papel ni hacer de su vida otro teatro, pero en el fondo esperaba que Ofelia lo llamase de nuevo, aunque fuese para gritarle e insultarlo. ¿No puede haber una vez más? Y aunque odiaba escuchar a la gente preguntarle de nuevo lo mismo y repetir con hastío que marcó el

número equivocado y colgar dándole un golpe al aparato, cada vez que el teléfono sonaba su corazón se acompasaba al mismo ritmo del sonido, como tratando de coordinarse con la esperanza.

Una mañana de sábado, el teléfono volvió a sonar; nunca antes había llegado una llamada en fin de semana. Andrés demoró largos segundos en levantar el auricular, pero cuando se lo llevó a la oreja, no escuchó voz alguna. Se quedó ahí, callado, tratando de descifrar los sonidos que ocurrían al otro lado de la línea; creyó escuchar muy bajo una canción en inglés, pero luego la comunicación se cortó y sólo oyó el sonido triste del tono cortado y después, el silencio. Andrés entendió que a veces las cosas no se resuelven de otro modo; que aunque pudo sentir por un breve instante la misma voz y la misma emoción que le removieran el corazón, a veces las obras terminan así: con un error de libreto y un final inconcluso.

ALGO PARA MI NIÑO

«Se ríe el niño dormido,
quizás se sienta gorrión esta vez».
SPINETTA

El auto se detuvo frente a su destino, pasado el mediodía. Al bajarse, Macarena se puso de inmediato los lentes de sol para ocultar los ojos, enrojecidos de lágrimas e insomnio; la noche había sido larga, demasiado lenta, pero el descanso era una quimera para su mente atacada de angustia, de desvarío y de culpa. La luz de la mañana no le dio tregua y se llevó las manos sobre los ojos para evitar el sol, intentando también evadir la realidad.

Al mirar dentro del vehículo, su mirada se perdió en el espacio interior hasta encontrar la cara y los ojos de su hijo, de dos años apenas cumplidos. El niño lucía curioso, contento y extrañamente tranquilo, a pesar de las semanas anteriores que pasó muy enfermo, a ratos rebasado en fiebre; una luz fría venía de él. Ella lo miró con alivio; la sonrisa del pequeño la tranquilizaba, sobre todo al acercarse a la entrada de la tienda. De todos los lugares del mundo -se dijo- este es el único donde no quiero entrar. Creyó que dentro de aquel sitio haría quizás un poco de frío, pero el gesto cómodo del niño con la brisa fresca del lugar la hizo pensar que sería mejor para él, después de días y noches de fiebre. Le apretó la mano con amor y cruzaron la puerta.

La tienda, como esperaba, era como un pequeño mausoleo donde las sombras se perdían en las paredes blancas y frías. La suave luz del lugar no mostraba adorno alguno, salvo una delicada imagen de la Virgen con el Niño en brazos. Como si mirara a un espejo, Macarena vio esa imagen ignorada tantas veces y la sintió cercana, casi una coincidencia, pero contuvo cualquier gesto o sonido para no asustar a su hijo. Delante de ella, un alto mostrador de madera oscura ocultaba al único dependiente del lugar; un muchacho flaco y pálido de expresión agobiada, que parecía estar aguantando una noche difícil. Macarena lo miró con lástima, compartiendo su cansancio. Tomó al pequeño hasta levantarlo más arriba del límite del mesón. En seguida saludó al muchacho que la miró con miedo súbito, sorprendido de hallar vida en un lugar tan muerto. Escondió con rapidez un libro insondable mientras levantaba el rostro asustado y somnoliento.

—Bu... buenos días, señora. ¿En qué la puedo ayudar?

—Buenos días. Vengo a ver algo para mi niño. Me recomendaron que viniera aquí —dijo Macarena, suspirando.

—Sí, señora. Aquí puede encontrar lo que necesita. —dijo el muchacho, que se sintió de inmediato como un estúpido al decir esas palabras. Miró a la mujer con gesto resignado —Tenemos piezas disponibles para niños. ¿Tiene las medidas?

—Sí. No creo que nos demoremos mucho.

El lugar de los niños estaba separado del resto de la tienda. Parecía, sin embargo, más frío y solitario que las otras salas. Macarena suspiró mientras entraba para ver los modelos que su niño tendría que usar pronto. Vio entonces al bebé en sus brazos que, sin dejar de sonreír, le acarició la cara; ella le devolvió la sonrisa, embriagada de sus ojos. En tanto, el joven la guiaba con nerviosismo, incómodo entre el sueño que lo derrotaba y la presencia de la mujer, distraída y curiosamente tranquila, como si la calma fuese más grande o fuerte que la tristeza. Leyó con rapidez el papel con las medidas, hizo algunas cuentas mentales y tomó la decisión.

—Vengo en un momento —le dijo, yendo a un cuarto interior para buscar el ejemplar que consideró adecuado.

El muchacho la dejó sola. En ese momento, Macarena miró los mostradores con aquellas cajas atroces y sintió que le arrancaban el aire. Ahogada, entumecida por la tristeza y el miedo, dejó que el lugar y sus imágenes jugaran con su mente nublada en pesadillas. Siempre fue la muerte un juego para ella, una cosa distante, pero ahora la abrazaba contra el pecho como una sentencia. Enloquecía en esa lenta vorágine cuando vio de nuevo a su hijo, que parecía por completo ajeno al miedo; el corazón de Macarena se tranquilizó al ver los ojos alegres del niño, lo abrazó con fuerza y quiso quedarse en ese momento para siempre, pero el muchacho llegó desde la sala contigua. —¡Encontré uno! Creo que quedará bien. —dijo mientras la mujer despertaba de la felicidad: había traído un ejemplar blanco en una mesa movediza. —¿Qué cree usted, señora?

Macarena miró aquella mesita y languideció; el color suave, preciso y feroz de la pieza la hizo palidecer. De pronto, vio que su niño estiraba los bracitos hacia la mesa. La mujer quiso oponerse, pero con la verdad aclarándole la vista poco a poco, lo acercó a ella con lentitud. El niño miró la caja blanca como si fuese un juguete y se acostó dentro de ella con ademán gracioso mientras le regalaba sonrisas a su madre, hasta que, vencido por un repentino sueño, cerró los ojos. Macarena lo vio, dormido en apariencia, imaginando que entraba en un mundo sin fin, mirando con los ojitos llenos de luz y alegría, a pesar del silencio y la sombra. Y mientras el niño palidecía, fundiéndose más en aquel sueño, Macarena se preguntó: «¿No seré yo, acaso, quien está ahí mientras él me mira? ¿No seré yo quien está en este sueño sin fin, imaginándolo cerca, conmigo, aquí?»

—Se... señora —le dijo una voz. —¿Cree usted que está bien?

Ella despertó al fin. Miró al dependiente y en sus ojos no encontró otra cosa que desolación. Entre los dos, por un instante no hubo más que silencio; entre los dos, la mesita rodante sostenía el pequeño ataúd blanco, abierto como un cofre vacío que aguardaba al tesoro más grande de Macarena: su hijo, perdido entre días y noches de enfermedad y de fiebre.

Abrumado, el muchacho la dejó a solas con la excusa de buscarle un café. La mujer se quedó inmóvil en aquel salón: ya no había esperanza, pero de pronto sonrió; se dijo que, tal vez, podría encontrarlo en otro sueño.

Macarena salió para alcanzar al muchacho. Antes, luego de un lento suspiro, cerró el cajón.

PIEZA 315

El viejo camina con el paso más rápido que puede tolerar su rodilla derecha. En la mano sostiene el celular como si no tuviese otra cosa a la que aferrarse. Bufo de cansancio, pero el agotamiento en su cuerpo de cincuenta y tantos no nubla su cabeza, llena de conjeturas fugaces, de ira y de pena. Una lágrima le corre solitaria por la mejilla; la ignora como si no existiese. Apura el paso conteniendo la rabia que le provocó el taxista que no quiso dejarlo al frente del hospital porque allá asaltan caballero, ¿o me va a devolver usted lo que me roben? No recuerda si le había sacado la madre o bajado en silencio del auto porque no está para rabias pasajeras: sólo debe acudir a la urgencia lo antes posible. En eso suena el teléfono. Tiembla al no reconocer el número y se demora en contestar porque teme que responda el silencio; el miedo lo detiene hasta que al fin aprieta el botón verde de la pantalla y oye la voz de su mujer. ¿Aló? Sí, sí. No sabía quién era. Sí, sí. Voy llegando. Dijeron que lo derivaron altiro. No, nada más. ¡No sé! ¡¿Qué sé yo, Paty, por la chucha?! ¡Sí, que viniera, que aquí está! Sí, voy llegando. Te cuento. Chao.

Cuelga. Cree haber perdido segundos valiosos, tal vez vitales. No sabe si podrá llegar a tiempo, si tendrá otro momento. Trata de correr y la rodilla se le resiente. ¡Pierna de mierda! ¡Dios, por favor... no ahora! No ahora. Llega cansado a la recepción

preguntando por ubicación de la urgencia y nombre del paciente. Le dicen que sí, que es la habitación 315, que suba hasta el tercer piso y doble por el primer pasillo a la derecha. Toma el ascensor vacío y por un segundo de ese día respira un poco de paz, pero siente que no quiere que se abra la puerta ni llegar a su destino. Piensa que quizás todo es un mal sueño, un juego, un desorden de emociones traicioneras producto de un llamado equivocado o una broma perversa. Las puertas del ascensor se abren y el sueño se rompe, contiene el aliento y sale. Recuerda la indicación de la enfermera: dobla a la derecha, ¿o era la izquierda? Se confunde hasta ver que las piezas anuncian su número en un letrero junto a la puerta. 308, es por aquí. 311, voy bien. Adelanta la vista y encuentra el 315 en funestos caracteres negros: un carabinero flanquea la entrada. Se detiene. Palidece. El policía lo ve y se le acerca. ¿Don Manuel? Sí, sí. Soy yo. ¿Cómo está? Venga, caballero. Pase. El doctor lo está esperando. Manuel se adelanta, mira al interior de la habitación y la imagen lo paraliza. Apenas ve la imagen del doctor que se acerca para comentarle el caso. La mano se le va por instinto a la boca, ahogando el sollozo. Un frío recorre su espalda, mas se siente muy vivo. Ve las manchas de sangre que salpican la venda en la cabeza, ve la máscara de oxígeno, ve el pecho que se mueve al son de un compás lento y silente. Ve el rostro joven, hinchado y deforme que se emociona al verlo llegar e intenta sonreírle y Manuel ya no sabe si maldecir, llorar, o reír. Un destello de razón le cruza la mente. Levanta el teléfono y con dedos temblorosos marca «llamar» mientras el miedo y la alegría lo van quebrando a cada paso que lo acerca a su hijo. Las lágrimas le queman la cara. ¡Aló! ¿Paty? Llegué... bien. El niño está bien.

RECOMENZAR

Jimena levantaba los platos de su recién terminado almuerzo cuando volteó a la puerta de la casa, que solía dejar abierta, donde se asomó una sombra lenta y penosa. Con el pelo cano y desordenado, la parka mojada por la lluvia y una mochila al hombro, Julio apenas levantó la cara para mirarla. Al principio no lo reconoció: la cara estaba oculta por la luz de la tarde nublada y sus mejillas se partían por arrugas que las deformaban, pero el rostro fue de pronto inconfundible y Julio no supo bien qué cayó primero, si los platos rompiéndose o Jimena que se estrellaba contra el piso, víctima de un desmayo.

Media hora después, el desastre estaba limpio y no quedaba rastro de accidente alguno. La parka quedó colgada en una silla frente a la estufa y la mochila en el suelo junto a un sillón. Sobre la cajonera, en el fondo, estaban el televisor apagado, una virgen de porcelana y un teléfono sucio; un ficus algo seco escondía la pintura color damasco descascarándose cerca del piso; una extraña pintura colgaba por encima del sillón grande a la derecha. Esa aglomeración de muebles contrastaba, sin embargo, con su desuso: parecía una morada de ausencias donde estas se anidaran para detener el tiempo en cada rincón. En un extremo de la mesa del comedor, Julio revolvía una taza de té, mirando de cuando en cuando

aquel espacio que, aunque pequeño, le recordaba algún otro que no podía precisar; frente a él, Jimena sostenía un vaso de agua con azúcar, mientras su otra mano sostenía una toalla húmeda en la cabeza para aliviar el dolor de su caída. Un jarro con una flor falsa se cruzaba en el medio de la mesa, separándolos. Habían estado mudos desde que Jimena despertara del desmayo y el único sonido en la casa era la música de la lluvia cayendo sobre el zinc del techo. Su mano apretaba el vaso nerviosamente, pero el rostro era severo, los ojos fijos sobre Julio que ahora no desviaba la cara, absorto en la contemplación de aquel espacio.

—Algo me recuerda —dijo rompiendo el silencio, sin mirarla. —¿Hace cuánto que no te veía? Dieciséis, dieciséis...

—¿Qué haces acá? —interrumpió ella con sequedad. Los ojos seguían fijos en Julio, como si acechase a una rata; él escondió la cabeza entre los hombros.

—Te busco. Hace mucho.

—¿Y para qué?! ¿Cómo me encontraste?

—Me costó. Tus antiguos vecinos no sabían de ti desde hace tiempo. Tuve que moverme bastante. Te escondiste bien —dijo Julio y encontró sus ojos con los de ella. Jimena rompió el contacto casi de inmediato —. Necesitaba verte.—añadió.

—Yo no —dijo Jimena y le tembló la voz por primera vez —. Ehhh... ya me había olvidado.

—Por tu reacción, no lo creo.

—¿Te puedes ir, hueón?!

—No, no todavía. Es sábado. Tenemos tiempo. Regálame otro té, por favor.

—Va a llegar mi marido.

—No me mientas, Jimena. Sé que no...

Jimena sintió temor: Julio había sido eficiente al encontrarla y conocer detalles de su vida, pero no fue esa la razón de su alarma. Creyó percibir que en la suciedad inmóvil de la casa se agitaba algo, como si la ausencia comenzara a inquietarse por algo. Había intentado mantenerse firme pero la voluntad le flaqueaba; se enderezó para repetirle a Julio que se fuera, mas no tuvo respuesta esta vez. El hombre seguía mirando la taza vacía, como tratando de descubrir algún símbolo en los restos de té del fondo; a Jimena, que batía con furor creciente el agua con azúcar de su vaso, no le prestó mayor atención. El choque del cristal golpeando contra la cuchara rivalizaba con la lluvia que caía aún más fuerte afuera. La lánguida luz de la tarde entrando por la ventana oscureció la figura de Julio: parecía una sombra hecha de pasado, prolongando su helada oscuridad sobre la mesa, distante y demasiado presente a la vez.

—Ándate.

—Tráeme mi té, por favor.

—¡Ándate! —gritó Jimena, golpeando la mesa con la mano izquierda. La toalla cayó al suelo con un chapoteo extraño.

—¿Cómo has estado? ¿Qué ha sido de ti? —dijo Julio, tratando de parecer calmo.

—Estoy bien.

—¿Dónde trabajas?

—Julio, ¡qué mierda haces aquí?! ¡Ándate!

—Te dije que te busco hace tiempo.

—¡Ándate, Julio, por favor! —dijo Jimena y la voz se le ahogó en la angustia.

—¿Me traerás mi té? —dijo Julio sin mirarla.

La fría luz de aquella tarde nubló los sentidos de Jimena. Por un momento no pudo ver; recuperada la vista de pronto reparó en Julio; tenía el pelo ahora negro y desordenado, la cara libre de arrugas, los ojos brillantes y perdidos, y estaba sentado en un viejo banco de colegio mientras escudriñaba cautivo en las viñetas de una revista de cómic, ajeno completamente al partido de baby fútbol que se jugaba a sus espaldas. Extraño le pareció al principio, como a la mayoría de sus compañeros de curso. Murmuraban sobre su silencio, su aparente indiferencia, su ambigüedad, pero aunque a sus compañeros les causare celo, desagrado e incluso repulsión, a Jimena le atraía.

Soportó esa distancia por un tiempo, hasta que le ganó la curiosidad y trató de acercarse a él para saber quién era y qué buscaba. También, aunque la avergonzaba sentirlo, por cierta lástima. A Julio poco le importaba lo que hablasen de él, pero le sorprendió la sorpresiva cercanía de Jimena, él que solía pasar sus jornadas solo, arrinconado en el fondo de la sala de clases estudiando o leyendo un cómic, indiferente a las pelotas de papel que caían en su pupitre y que llenaban su lado de la sala en las mejores temporadas. Ambos se admiraron de encontrarse y saludarse; de conversar y reír juntos a los pocos días; de hacerse amigos; de andar juntos a todo sitio y convertirse en el centro de atención del colegio. Y luego se sorprendieron de que sus manos se trenzaran al poco tiempo, junto con sus labios, felices de verse a los ojos como un par de jóvenes enamorados.

En esos días, Jimena moría por vivir la vida entera junto a Julio.

Pero ahora quería morir, desaparecer, cerrar la puerta de su memoria para olvidarlo todo, o al menos moría por ver a Julio desaparecer de su vista, como un espectro de

pena y horror que volviera solo para torturarla en ese rincón de la ciudad. Ante ella, la figura del joven muchacho se había marchitado de nuevo: era otra vez el mismo cuarentón oxidado y canoso, aunque siempre meditabundo. Seguía mirando su taza, ahora llena, con una concentración irritante; los ojos parduscos parecían hipnotizados por el remolino de té. Jimena sin embargo estaba pálida, la mano izquierda firme sobre su boca, como si además de aguantar el llanto quisiera restarse aliento. La derecha sujetaba el vaso con un temblor furioso; el agua con azúcar se había acabado hace rato y solo quedaba un resto de líquido pegajoso. Quería beberlo con desesperación, intentando obtener algo de dulzura en esa tarde amarga. La luz pálida del cielo nublado caía sobre su rostro que brillaba como el de un muerto a la luz de una vela; sólo la frente, a la que ya no atendía, mostraba algo de vida: un delgadísimo hilo de sangre caía a su sien izquierda y una vena hinchada le latía con violencia.

—¿Por qué viniste?

—Necesitaba verte.

—¿Para qué?!

—Pasó mucho tiempo. Mucho, desde que me fui. Nunca más hablamos ~~—~~dijo Julio y la miró. Sus ojos se humedecieron. La cara se tornó vieja y agria, desnudando de pronto una nostalgia pegada como una costra en su memoria. Se reveló en plenitud: su sombra vaciló y el peso de la culpa lo hizo esconder la cabeza entre los hombros. Agachó la cabeza y ya no la volvió a mirar—Necesito recordar—dijo al fin. Ella se estremeció.

Las manos de Julio sostuvieron las de Jimena con nervioso vigor. Era una tarde soleada y el colegio ya casi había terminado. Ambos se graduarían para pronto trazar planes juntos, pensaba Jimena: una carrera, una casa simple y pequeña para ambos; en realidad no pretendía mucho. Pero los ojos de Julio miraban hacia el sillón, preocupados. Estaban en la sala de la casa de Jimena, solos mientras compartían el silencio cada vez más tenso. Por fin él habló y con pausada voz dijo que se iba. Su padre debía salir del país y la familia toda partiría con él. Jimena rompió en llanto y lo abrazó con fuerza por el cuello; Julio respondió con un abrazo igualmente intenso y de repente, como no hizo nunca antes, comenzó a besarla con ardor frenético. Jimena se entregó toda a ese beso por un momento.

—Estaba nervioso. Asustado— dijo Julio sin levantar la cabeza y sosteniendo la taza de té con fuerza. Su voz se quebraba a cada segundo.

El beso pronto pasó a las caricias. Jimena se sorprendió. Nunca antes habían tenido sexo, pero el calor de las caricias, más ardientes cada vez, la nubló por un segundo.

«Me dio miedo. Sentí que te perdía.

La mano de Julio irrumpió bajo la falda de Jimena. La niña tuvo miedo; pensó que alguno de sus padres podría llegar pronto a la casa y quiso desistir. Intentó retirar la

mano de Julio pero él volvió a meterla y le apretó. Un grito se ahogó en su garganta y un lento pavor comenzó a crecer en su pecho.

«No me controlé. No quise. ¡No quise!

La mano de Julio pronto comenzó a retirar el calzón en un arrebato de enojo. Ella se sobresaltó y dijo que no quería. Él no la miró: su rostro se había endurecido y se abalanzó sobre ella resoplando, mientras las manos recorrían con violencia el cuerpo de Jimena; ella trató de liberarse espantada, pero no la dejó. Y cuando la niña comenzó a sollozar con terror, suplicando que la dejase en paz, la mano de Julio cubrió su boca para que nadie escuchase, mientras la inmovilizaba con su peso encima, levantándole la falda por sobre la cadera desnuda. Las manos de Jimena se crisparon de dolor y pena, atrapadas por la tenaza feroz de su amor. El sillón se inundó de lágrimas y un llanto desesperado se detuvo, ahogado por la mano izquierda que aprisionaba su boca. Pronto dejó de gritar y solo siguió llorando, derrotada. Julio no se detuvo hasta terminar.

«Me fui y no te vi más. Me asusté. Nunca te... quiero que...

El vaso se quebró al caer, derramando el poco líquido dulce que quedaba. Julio tembló mientras sostenía su cuerpo apenas con los brazos temblorosos. Desvió los ojos húmedos hacia la pared damasco que terminaba de descascararse detrás del ficus. Ahí entendió que aquella casa era muy similar a la de los padres de Jimena, años atrás, cuando ella lo miraba primero con ilusión y al final con tristeza y horror, pero la mujer ya no lo veía. Los ojos de Jimena estaban cerrados y sumergidos en lágrimas, mientras sus manos se contraían en un gesto de dolor, ira y pena contra el rostro, recordando la tenaza brutal que las aprisionó. Todos los años que quiso perder se derrumbaron sobre sus hombros de súbito y aunque quiso vencer la voracidad de la emoción, no pudo más: las manos taparon finalmente su cara marchita y comenzó a llorar sin consuelo, destruida. El enorme peso del dolor terminó por destruir su deseo de olvido, y la escena del hogar paterno antes de su ultraje y que trabajó años en construir para ayudarla se había manchado para siempre.

El sonido de la lluvia cesó de pronto para ellos. Parecía como si el mundo se hubiese callado. Julio se levantó y dijo algo incomprensible. Dio vuelta la cara, tomó la parka, su mochila y salió, mirándola de reojo y cerrando la puerta con cuidado. Linda tu casa, dijo antes de partir. Un rato después, luego de un largo silencio y de una inmensa quietud, Jimena corrió un poco hacia atrás la silla donde estaba, levantó la toalla que había caído al piso y tomando los restos del vaso empezó a secar la mesa y el piso. Cada tanto, algunas lágrimas caían de su rostro y la hacían recomenzar.

FUNDACIÓN DE UNA PATRIA

Ya no recordaba cuántas veces había repetido enero en el calendario; meses, años, un día y noche eternamente repetido. Lo único cierto para aquel hombre era que el año duraba, desde hace un tiempo, cinco meses en la cabaña fronteriza que le encargaron vigilar. Estaba solo, envenenado de hastío. Hacía muchos de sus años que no veía un hombre en aquel desierto. Sus únicas distracciones eran mirar las estrellas innumerables, intentar catalogarlas en listados inútiles, limpiar y proteger del polvo la bandera de su patria, contar los días y los meses de su año mutilado. Repetía esa rutina para evadir la locura y la soledad de aquel paraje muerto. Mientras, el calor de los días lo torturaba hasta la desesperanza, como si en lugar de defender un país protegiese la entrada al averno.

La única actividad que lo despertaba era la caza: el hambre le era frecuente y a veces lo hacía alucinar en mañanas de calor. Entonces, tomaba su fusil y su corvo, únicos compañeros desde hacía tanto tiempo: cada vez que él y sus armas salían, era como si un batallón partiera listo para la guerra; a veces regresaba con un pájaro, otras con un zorro; en las jornadas más felices cazó una alpaca cuya piel le ayudó a soportar las noches frías del desierto. Sin embargo, las armas extrañaban el sabor de la sangre humana; él mismo pudo percibir esa tensión las veces en que el corvo laceraba con lentitud la forma de sus brazos. De alguna forma sabía que, de no enfrentar nada más

que el desamparo y la locura, ese corvo probaría su sangre y el calendario habría de morir de soledad y aburrimiento.

Aquella noche le pareció demasiado igual a las otras; apenas un pájaro había probado su plomo la jornada anterior, pero cuando el alba empezaba a quebrar la oscuridad una sombra se posó con larga lentitud sobre la cabaña en la frontera. Venía del este, del otro lado. El hombre insomne se levantó de su catre como sintiendo un llamado. Desde la ventana pudo percibir esa sombra: creyó que era un espectro, luego un monstruo; luego pudo ver, con total claridad, que se trataba de otro hombre. La sorpresa y el horror lo abrumaron; después, una súbita felicidad. El abandono y el tedio eran la puerta de entrada para la locura. Tomó su fusil y su corvo, y sintió en ellos una leve vibración, anticipando una fiesta. Comprobó que la sombra se acercaba, pero que aún estaba lejos de la cabaña. Decidió salir, movido por la adrenalina que le provocaban el peligro y el terror. Sintió que en ese encuentro inesperado cumplía su deber como defensor de la patria. Creyó que de ese encuentro uno de los dos saldría muerto; que se jugaba el destino de su país, tal vez del mundo, en un par de balas y una pelea a cuchillo. Besó su bandera, acaso el último amor que le quedaba, y traspuso la puerta dispuesto a enfrentar a la muerte.

La noche se diluía en la luz del próximo sol que empezaba a colmar el cielo. Cuando percibió la sombra ya muy cerca, el hombre cargó el fusil y apuntó hacia ella. Le gritó, con miedo e ira en su voz, que rindiera sus armas y se entregase a la ley de su nación. La sombra, aún lejos, respondió con palabras que el hombre sintió como un sabor conocido, pero que en la sucesión de la soledad y los años se le habían perdido hasta volverlas incomprensibles. Sintió, en aquellas palabras escurridizas, la amenaza, el espanto, la muerte. El hombre volvió a gritar: la sombra hizo lo propio. El dedo en el gatillo estaba muy tenso; el fusil temblaba ansioso y pudo sentir esa misma ansiedad en el corvo colgando de su cinto. Vio que la sombra perdía la forma de sus brazos dentro de ella, buscando en la oscuridad. Algo alcanzó a brillar. Aterrado y enceguecido por el peligro, el hombre estalló en una retahíla de insultos, apretó el gatillo y pudo ver, después del trueno, a la sombra desplomándose en el polvo. Corrió hacia ella, le dio un puntapié a la pistola ya indesmentible, dio vuelta a su enemigo para que diera la cara al suelo y tiró la cabeza hacia atrás. El corvo se deslizó con lentitud por la garganta, saboreando el triunfo.

El sol acabó por vencer a la noche; entonces, fue el silencio. La única música en el mundo fue el choque de las gotas de sangre del cuello abierto que rompían el polvo. El hombre vio la cara de su enemigo y pudo ver en sus ojos que algo los hermanaba: la desesperación, la locura y una soledad insondable. Casi creyó envidiar su destino. Soltó al futuro cadáver y lo dejó besar la tierra por última vez. Se sentía gozoso, aunque una extraña angustia comenzó a abrumarlo. Abandonó al cuerpo que agonizaba y corrió a la casa a ofrendar la sangre del enemigo a su bandera. La besó, y de pronto sintió que se despertaba de una ilusión: vio la tela, la franja roja intolerable, el rectángulo albo y la blanca estrella solitaria reinando en el azul de un cuadrado perfecto. La miró como si fuese un recuerdo inútil. Supo de repente que su larga espera no había servido de nada. Enero se moría y septiembre se acercaba triunfante. Entonces, aunque en verdad nunca lo pudo saber, el último hombre en la tierra sintió que con esa muerte había fundado otra patria y adoptado otro nombre: ahora su país se llamaba Nada y su nombre era Nadie.

LA ESCONDIDA

«...siete, eeeeeh... nueve... ¡Salí!». Daniel había terminado su desordenada cuenta. En ese pequeño rincón del patio de la escuela no se movía una hoja ni se oía una voz. Entonces, el niño abrió los ojos, se despegó del árbol donde había contado y fue a buscar a sus compañeros con paso furtivo.

Lentamente fueron cayendo. Muy pocos se salvaron, pero el «un dos tres por...» terminaba el juego para los perdedores. Así fueron atrapados casi todos, hasta que quedaron muy pocos niños sin hallar y muy pocos sitios donde buscar. Entonces, junto a la pared que separaba la escuela de la calle, Daniel vio el viejo cuartucho de cemento con puertas verdes metálicas, donde estaban instalados los grandes balones de gas para el calefón de los camarines. Fue caminando con el mismo sigilo que lo ayudó a encontrar a tantos. De pronto, ya muy cerca de abrir la puerta verde, Daniel oyó un susurro. No pudo entender lo que decía y acercó el oído; una voz temblorosa repetía con lentitud: «No te preocupes. Quédate calladita y nadie nos va a encontrar».

Daniel sonrió. Estuvo a punto de gritar «¡Un dos tres por...!» al abrir la puerta, pero no reconoció el rostro que vio. Una niña muy pequeña, dos o tres cursos menor

que él, estaba acurrucada entre la pared derecha del cuarto y uno de los grandes balones amarillos; el delantal a cuadros ya tenía algunas manchas de barro por la tierra húmeda a sus pies, el pelo negro caía a ambos lados de su cara en dos moños desordenados y abrazaba en su pecho a una pequeña y sonriente muñeca de trapo. De pronto, Daniel se dio cuenta de que la niña lo miraba. «¿Te perdiste? ¿Estás bien? Si quieres llamo a un profesor», dijo. Ella se negó, y entonces Daniel vio en los ojos de esa niña algo que nunca antes había visto con tal claridad: el miedo. Las miradas de ambos se encontraron y él, desbordado por el temor, no supo qué decir. Esos ojos eran una luz en medio de una noche sin estrellas, rodeada de oscuridad. El niño se sintió de pronto abrumado y estuvo a punto de retirarse cuando la niña habló; nunca sintió semejante tristeza como cuando escuchó esas palabras.

—No le cuentes a nadie, por favor.

Daniel asintió en silencio y cerró la puerta con cuidado. El chirrido de la herrumbre en las bisagras lo detuvo por un momento y miró para todos lados: un par de niños pasaron cerca, sin percatarse de él. Respiró aliviado; luego, volvió al juego para encontrar a sus compañeros restantes.

La campana sonó, anunciando el fin del recreo. Los niños se devolvían a su sala cuando Daniel casi tropezó con un hombre alto y delgado, del personal de aseo; el tipo parecía preocupado, como si buscara algo o a alguien. Daniel pidió disculpas, pero antes de alejarse el hombre lo llamó:

—Oye, tú, ¿viste a una niñita de kínder por acá o en el patio?

Daniel se había dado vuelta para verlo. Cuando oyó su voz, nuevamente sintió el mismo miedo que había sentido antes, pero esta vez no venía del otro, sino de él mismo; vio al hombre alto y de mirada molesta y creyó ver a una figura horrible que lo acechaba. Oyó la voz y respiró el mismo desamparo que oyó respirar en otro pecho. Miró los ojos de aquel hombre y supo que la tristeza, que ahora sentía tan viva, pudo verla en aquellos ojos que le pedían entre lágrimas no denunciarla, allá en el húmedo cuarto del gas en el patio del colegio.

—Bueno, ¿la viste? Anda con una muñeca fea, de trapo.

—Eeeh... no. No la he visto.

—Ah... bueno. Ya, ándate a clases será mejor —, dijo el hombre, algo alterado, y se alejó para seguir concentrado en su búsqueda.

Daniel no hizo gesto alguno, se dio vuelta y corrió para alcanzar a sus compañeros.

Ya en clases, el niño no pudo pensar sino en el cuarto y la niña escondida dentro de él. De pronto, atormentado por un presentimiento, pidió permiso para ir al baño y caminó con prisa nerviosa hacia el patio.

Fuera de las salas no había un alma. Cada paso lo sentía más largo y pesado; el miedo lo hacía avanzar con lentitud y sentía que la distancia entre él y el cuartucho húmedo se hacía inconmensurable. Finalmente el niño llegó y se detuvo, como antes, acercando el oído al rincón donde antes había escuchado el susurro.

No oyó nada. Miró a todos lados; no encontró ninguna mirada espía ni ojos que lo anulasen de miedo. Con mucho cuidado abrió la puerta, pero a nadie halló. El cuarto ahora se encontraba vacío. Estuvo a punto de pensar que todo había sido un sueño o un cuento armado en su imaginación infantil, cuando sus ojos la vieron: entre la pared y el balón de gas, ahí donde antes vio a la niña, estaba su muñeca. Desamparada. Sonriente. Sola.

Por puro instinto la tomó. Vio el vestido sucio por manos pequeñas, los ojos de botón cosido, el pelo hecho de tiras de lana negra, la sonrisa roja que ahora le parecía una mueca horrible. Sin pensarlo, la apretó contra su pecho. Daniel creyó que por un momento abrazaba a la niña. ¿Dónde estará? ¿Pudo irse mientras nadie veía? ¿La encontraron?

Casi creyendo que todo era realmente un sueño, como si no hubiese visto más que un juguete de trapo acurrucado por la sombra, Daniel volvió a poner con delicadeza a la muñeca en su sitio. Luego, fue cerrando lentamente la puerta, acompañado por el sonido lúgubre de las bisagras oxidadas. Los breves rayos del sol de otoño iluminaron el balón de gas, el rincón vacío del cuarto y la cara de la muñeca con sus ojos monstruosos. El niño miró por última vez al sitio donde, lo supo tiempo después, había visto a la desesperanza a los ojos. Ahí la muñeca, invisible a cualquier otra mirada, le regaló una última sonrisa, apoyada sobre la tierra húmeda y el balón helado, mientras la puerta se cerraba con lentitud y la última luz se moría.

TREN CON DESTINO PONIENTE

Un temblor abrumó a Sol cuando pudo ver la entrada a su destino. Creyó que era por el frío que venía del Metro subterráneo, pero luego pudo ver que la escalera hacia el metro era la respuesta a sus dudas y el inicio del final. Sintió el mismo miedo que pudo percibir cuando planeaba su escapatoria, pero ahora no había lugar a la conjetura ni a la posibilidad de trazar de nuevo el objetivo: trasponer la entrada era aceptar lo inevitable. Pudo haber dado media vuelta y desistir; no se culparía por el miedo, pero creyó que en la entrada ya no tenía opción de dar pie atrás. Tomó aire, se sintió valerosa y bajó las escaleras hasta la estación.

El aire frío la estremeció. En la bajada al subterráneo, un largo pasillo conectaba la vereda sur con el andén; en él pululaba no sólo la gente que se apuraba para apretarse en el espacio que pudieran encontrar en el vagón, sino que también había un número grande de vendedores ambulantes que vendían sus productos sobre un paño como coleros de feria. Aunque bien iluminado, el pasillo tenía cierto aire tenebroso. La sensación se multiplicaba en el espejo que recorría las paredes de lado a lado, elevándose a la altura de una persona promedio. Cualquiera que tuviese la estatura precisa podía ver su rostro durante todo el camino al andén, en un ejercicio de sorpresa o mera vanidad. Pero a Sol le daba la impresión de que de todas las miradas cuyo reflejo aparecía ante

sus ojos, ninguna le prestaba atención, sensación multiplicada hasta el infinito en los espejos reflejados. De pronto reparó en su propia imagen reflejada: no veía su rostro completo. Su altura alcanzaba a mostrarle el color de sus ojos; el pelo desordenado coronaba la frente ajada y los ojos cansados, meditabundos, tristes y solitarios.

De repente, como si cayera en un sueño de bruces, una música la sacó de sus pensamientos. No había visto que a un costado, escondido entre los vendedores ambulantes y ajeno al vigilante que miraba con desdén, un hombre taciturno tocaba un viejo pero cuidado acordeón. El tipo aparentaba los estragos típicos de un sujeto entrando en los cincuenta, pero había algo más vago o ambiguo, como si los años en él se hubieran detenido. Ajeno al bullicio alrededor, el hombre tocaba la música con pausa, consumando en cada nota final un leve y casi imperceptible desgarró, como si percibiese en cada nota un particular acontecimiento. Sol se quedó un momento frente a él, concentrándose en la cadencia de las notas y el movimiento del fuelle. De pronto pudo hilar cada nota y cada tempo; comprendió que la música del desconocido tomaba la forma de un tango. No recordaba si había oído esa canción antes, quizás en la casa de sus abuelos cuando era niña o en alguna tertulia olvidada por la borrachera; no obstante, le pareció que cada nota y cada compás se alargaran envolviendo el ambiente todo. El tono del tema le pareció particularmente triste, pero eso la reconfortó. Sintió que por algún azar feliz ese tanguero anónimo estaba ahí para obsequiarle un personal e inesperado réquiem, a pesar de la desidia del mundo. Y se quedó para escucharlo, embriagada de vida, música y deseo. La magia de la melodía le hizo perder, por un momento, todo apuro. Nada sacaba ahora con precipitar lo inevitable: entre todas las circunstancias de la vida y sus intrincamientos, la muerte le pareció la única certeza. Sin embargo, por un momento detenida en el goce pleno de la música y su dolor, demoraba ese final.

Y de pronto despertó de ese sueño para descubrir que seguía soñando. Vio que el pasillo que conducía al andén había cambiado: la luz se había vuelto mortecina; los vendedores ambulantes vendían improvisadas coronas de flores, voceándolas con oscura fuerza y los espejos, que antes la ignoraban, ahora la seguían con singular interés. Aunque los viajeros seguían sin prestarle atención, Sol se dio cuenta casi con entusiasmo que sus reflejos se quedaban con ella, devolviéndole infinitas miradas: algunas veían curiosas, anticipando el morbo del espectáculo atroz por venir; otras, muchas de ellas, le devolvían un ceño arrugado por el peso de la tristeza, pero la mayoría la miraba con ansiedad y ternura, invitándola, como si aquella ruta hacia el final fuese el principio de una fiesta. Esa extraña emoción crecía hasta la eternidad en los espejos enfrentados. No pudo evitar sonreír; por un momento toda la angustia había desaparecido. Sabía que hacer, pero la tristeza que antes la derrumbaba desapareció en un instante. Dejó la pena abandonada en el pasillo para que la pisoteasen los pasos innumerables de la ciudad. La visión se fue en un grito del guardia que impedía a una mujer ponerse a vender en el pasillo rumbo a la estación. De pronto todo fue un desorden: los vendedores y la gente gritando sin sentido. La música se apagó repentinamente y el hombre con el acordeón parecía mirar hacia donde Sol se encontraba, tratando de hallar algo en el gentío. Su mirada y la de Sol no pudieron encontrarse y pronto la cantidad de gente agolpada fue insuperable. Se perdieron la música, las coronas y las sombras en los espejos. Sol entendió que no debía dilatar más el momento: la decisión

estaba tomada. Con tranquilidad, pasó rauda hasta el torniquete y bajó sin dudar a la estación, al andén con destino poniente.

Había mucha gente, pero no con la acumulación frenética del corredor en frente, por lo que moverse le fue más fácil. Con sigilo evitó las miradas de los vigilantes que cuidaban que las personas no traspasasen la línea amarilla. Cada rostro que vio mostraba una mueca cansada, aburrida o ansiosa de tomar el tren y llegar pronto a su hogar. Con esa última mirada se identificó. Caminó hasta el final del andén, donde el tren aparecería para no darle oportunidad alguna de arrepentimiento. Se acercó para mirar de reojo: había una curva en el túnel que hacía que el tren apareciese de improviso ante la estación y por lo mismo era difícil anticipar el movimiento. Dejó pasar uno, dos, y tres para memorizar la frecuencia y el rugido que le devolvía el oscuro túnel antes de entrar el primer carro. No dejaría pasar el cuarto tren.

Mientras el murmullo hosco del vehículo entrando al andén crecía desde lo imperceptible, Sol sintió una prisa que le detuvo el corazón. Cerró los ojos; imaginó el tren entrando con violencia y a ella dejándose caer a las vías ante el rostro aterrorizado del conductor que no alcanzaba a atinar a nada. Vio el cristal regalándole un último reflejo de sus ojos, las luces, la pintura del carro y luego ruedas, fierros y rieles. Sintió el dolor como una punzada feroz. De pronto su vista rodaba apagándose, muriendo, y se preguntó si podría escuchar de nuevo esa música, ese acordeón batiéndose con la calma segura de su intérprete, ese desgarro de música que por un momento tan corto la hizo feliz.

Algo ocurrió. Una estridencia, un coro de gritos. En un segundo todo se volvió un caos. Sol abrió los ojos y vio al tren entrar a la estación con un frenazo brutal que hizo aparecer humo desde los rieles. Delante de ella en el andén, las personas que antes esperaban huían despavoridas, tapándose los ojos para no ver la imagen atroz. Algunos vencieron el miedo y se acercaron al frente del tren, frenando el grito de terror con sus manos. Sol se confundió entre el ruido, el llanto y los guardias que ordenaron a todos abandonar el andén. Cuando salió, el ruido de la policía entrando la distrajo por un momento, pero luego se puso a pensar. ¿Alguien se había suicidado en lugar de ella? ¿Alguna persona anticipó su deseo y se lo robó? ¿O todo lo que había pasado no era más que un sueño interrumpido?

Quiso repetir sus pasos. Sol volvió por el mismo pasillo por donde había entrado a la estación. Todos ansiaban escapar. Algunos pasajeros corrían con el rostro demacrado; otros ocultaban su espanto en un grito y una mueca iracunda. Los vendedores tomaban sus productos para perderse entre el aterrorizado gentío. Entonces, Sol vio al hombre del acordeón sentado en su rincón: le dio la impresión de que esperaba algo. De pronto, ese hombre la encontró con la mirada y se levantó para ir a su encuentro, sonriendo. Ella buscó algún billete para pagar por aquel tango, pero entonces sus ojos vieron a la pared y sus espejos: las sombras la miraban con ternura y satisfacción. No veía su mirada en el reflejo. Absorta, entendió al fin que no tenía miedo. El hombre se le acercó con júbilo.

—Me alegro de que se haya decidido —le dijo al abrazarla—. Esta noche yo tocaba para usted.

AFUERA YA NO HAY MONSTRUOS

Las luces de la casa están apagadas y ya cerré bien las cortinas. Todo está listo. Ahora es cosa de esperar a que se asiente la noche y esperar unos minutos a que llegues. O unas horas, no sé. Cada día te demoras más, a veces no te veo por días o semanas o meses, y sin embargo cada vez que llegas siempre tienes el mismo rostro, las mismas arrugas alrededor de tus ojos, la misma sonrisa. Estás loco, deberías ver a un siquiatra me dice mi hermana cada vez que viene a verme y ve las cortinas cerradas y la casa a oscuras, y yo le digo que no, no estoy loco, solo veo cosas que tú no puedes ver. Ojalá pudiera prestarte mis ojos para que pudieras ver lo que yo veo, le digo y ella habla consigo misma, como culpándose. No es tu culpa, Claudia. Tú no estabas en la casa ese día, le digo. Ella me pregunta por qué haces esto, por qué persistes, y yo abro la puerta de la casa y le pido que se retire. Hay preguntas que no se hacen, le digo, antes de cerrar la puerta haciéndome el ofendido, y aunque en verdad no me ofende ella no entiende porque esa pregunta es solo mi fardo y no quiero que lo cargue por mí. Por qué, por qué. Alguna vez leí en una novela de Sacheri que no hay palabra más puta en el idioma español que el "pero". Te quiero, pero. Podría ser, pero. No es grave, pero. Creo que significaba la imposibilidad de intentar algo, de dinamitar lo que era, según recuerdo. Para mí nunca fue problema esa palabra, pero ¿por qué? Esa pregunta era

solo mía, mi marca... Mi problema con ella viene desde mi niñez. Recuerdo que al principio el por qué era casi no pensado, automático, y no tuve ninguna mala intención cuando empecé a decirlo. De repente ocurría una cosa o la Claudia o el papá o tú decían algo y yo preguntaba por qué. Al principio era inocente, de verdad quería saber y ustedes intentaban responder, a veces con lo que sabían, a veces con chistes, pero cuando me di cuenta de que a veces mentían porque no sabían qué decir fui preguntando con cada vez menos ganas de conocer y con más de creer que nada era cierto, de derrumbar las mentiras. Todavía hoy recuerdo tu voz cuando alguna vez me dijiste no sé, mi amor. Tu voz que siento cada vez más distante. ¿Tu voz? ¿Ya estás aquí? Cada día te demoras más en venir. ¿Ya puedo cerrar los ojos para verte? No, no eres tú. Es la voz de la vecina que entra a su departamento. Algunas veces me la he topado y le pregunto cualquier cosa para meterle conversa y escucharla hablar. ¿Cómo está, vecina? ¿Cómo estuvo la pega?, u otra cosa para que diga lo que sea, porque hay algo en su voz que me hace recordarte y no me importa que la vecina siempre responda diciendo sí, bien, todo tranquilo, discúlpeme vecino que me tengo que ir, porque su voz se me queda en el oído y me hace recordar la tuya. No sé, mi amor, me dijiste y con el tiempo mi curiosidad infantil se fue convirtiendo en un escepticismo amargo. Dejé de tener dudas, de preguntar por qué, y con el tiempo dejé de creer en casi todo. Perdí mi fe en el viejo pascuero, en los juegos, y después en los amigos, la patria, el amor, dios, pero hay una historia que nunca dejé de creer porque siempre se cumple tal cual la prometiste, aunque cada vez me cuesta más verte. Supongo que será por los años o que cada vez me cuesta más estando solo, pero aunque te demores y las horas de la noche se alarguen siempre tu rostro es tan claro como esa vez. No has cambiado a pesar de los años. De ese año. Recuerdo que era 1986. Recuerdo que hacía frío. Esa tarde el cielo amenazaba lluvia y yo estaba feliz porque estabas conmigo en casa. Me gusta tanto el invierno porque hace frío y las noches son largas para estar contigo. Claudia estaba en el colegio y mi papá en su trabajo. Íbamos a almorzar y yo recuerdo que te ayudaba a poner los servicios en la mesa porque estabas haciendo arroz con huevo. ¿Te acuerdas? ¿Eres tú? No, es de nuevo la vecina que ahora salió a pasear con su perro. A veces me gustaría poner un aislante en la puerta para no sentir el ruido del pasillo y que nada me impida escucharte. Cada día me cuesta más oír tu voz, escucharte decir ¿la mesa está lista, mi amor?, y yo decirte que no mientras me río y tú te haces la enojada y me apuras para que termine. Estaba tan contento porque hacías arroz con huevo que me encanta. Nadie lo hace como tú. Me encantaría que pudieras cocinar para mí de nuevo pero aún no vienes y me nublan las conversaciones de pasillo y la voz de la Claudia que antes de salir del departamento se devuelve y me dice por favor no insistas en esta locura, Pablo, ella ya no está, necesitas ayuda, y yo le digo que me deje porque tú me lo prometiste y siempre vuelves, solo te demoras porque el tiempo nos va volviendo tan lentos para todo. Mi pobre hermana, no es su culpa. Ella no estaba cuando yo había puesto recién un tenedor y un cuchillo y los dos sentimos un auto o un camión frenando en el pasaje con violencia, luego un portazo, luego una confusión de gritos. Me agarraste de la mano y me llevaste a tu pieza. ¿Recuerdas tu cara, tus ojos? Yo sí, todos los días. Se ven igual a cuando veo mi rostro en el espejo y recuerdo la firmeza de tu mano, el terror en tu silencio, y que te agachaste a los pies de tu cama y como pudiste me metiste debajo.

¡Debajo, cierto! Estoy tan distraído y viejo que a veces olvido que debo esperarte bajo la cama, como cuando Claudia, tú y yo jugábamos a hacernos cosquillas o a escondernos y sólo salíamos cuando después de actuar como si fueses una espía te escabullías de modo furtivo y después de unos minutos nos gritabas afuera ya no hay monstruos, ya pueden salir, pero cuando el papá me encontró esa vez debajo de tu cama con los vecinos y creían que estaba desmayado, los monstruos habían pasado demasiado cerca. No, no estoy desmayado, estoy esperándote como me lo prometiste y donde, aunque cada vez me sea más difícil verte y oírte, siempre estás. Mucho tiempo creí que volvías o que yo volvía a ti, sin embargo con los años comprendí que nadie vuelve a los lugares o a las personas que ama porque en verdad nunca se ha ido de ellos. Yo siempre estoy ahí, debajo de tu cama, muerto de susto, viendo tu rostro pálido y escuchando tu voz que me dice cierra los ojos no te muevas y no digas nada. Perdóname, mamá, la Claudia no tiene la culpa. Si alguien es culpable soy yo por querer saber qué pasaba, por no entender que mi temor y mi duda nos arrastraba a las garras verde olivo de los monstruos. Tenía miedo, no entendía nada y mientras tu voz me repetía cierra los ojos no te muevas y no digas nada los portazos y los gritos y los llantos se acercaban y mi horror crecía cada vez más y ya no pude aguantarme y te pregunté por última vez ¿por qué, mamá?, y tu viste mis ojos y comprendiste mi terror de niño. La casa estaba con olor a humo porque dejaste los huevos en el sartén y ya se estaban quemando. ¡Los huevos! Me faltó eso. Con los años se me olvidan todos los pasos. Caliento el arroz y frío un par de huevos para cenar. Los como y me acuerdo de que nadie los hacía como tú, que a nadie le quedaban tan firmes como esa vez que estabas a punto de servir el primer plato y yo recién iba a buscar los servicios para mí y de pronto fue el frenazo, los gritos, la confusión y tu mano llevándome a tu pieza, tus brazos metiéndome bajo tu cama, tu voz diciéndome cierra los ojos no te muevas y no digas nada, mi voz preguntando con miedo ¿por qué? Y tú ahí me hiciste tu promesa con tanta dulzura que me quedé ahí quieto, con los ojos cerrados, sin moverme ni decir nada. Mi papá creyó que estaba desmayado cuando me encontró con los vecinos y no abrí los ojos hasta que la Claudia llegó del colegio y una vecina nos explicó lo mejor que pudo qué había ocurrido. Mi pobre hermana. Aún nos veo caminando por las calles de la mano con mi papá y junto a otras muchas personas con tu foto en blanco y negro en un cartel muy similar a otros. ¿Dónde están?, pregunta la gente, y camino con la cabeza gacha porque yo sí sé dónde estás y la Claudia me pide que me calle y me da una cachetada y me dice ya no estamos para huevadas de niño, Pablo, mira cómo está de angustiado el papá, pero la verdad es que seguimos siendo niños, Claudia, dos niños tomándonos las manos muertos de susto mientras no aparezcas y nos digas que afuera ya no hay nada que temer. Y sin embargo estás ahí, mamá, donde me lo prometiste, aunque te demores porque los años nos alcanzan a todos y tu recuerdo envejece conmigo y con Claudia y mi papá a quien el tiempo y la amargura acabaron por matarlo. Ella y yo nos vemos tan muertos y amargados cuando ya sin él marchamos por las calles de Santiago con tu foto en el cartel y yo me siento tan triste porque Claudia no sabe dónde estás, porque no puede verte. Ojalá pudiera prestarte mis ojos para que pudieras ver lo que yo veo, hermana mía. Ojalá pudiera prestarte mis oídos para que escucharas lo que oí, porque cuando los gritos de terror crecían en el pasaje y se acercaban a la casa y yo estaba tan asustado que

te pregunté llorando ¿por qué, mamá? me dijiste, porque cuando lo hagas podrás verme en la oscuridad... Las luces de la casa están apagadas y ya cerré bien las cortinas. Me comí un arroz con huevos y me percaté que la vecina volvió con su perro. Ya no volverá a salir y eso me tranquiliza. Todo está listo. Ahora cuido que las cortinas permanezcan bien cerradas y que no se oiga nada, pero se oye algo, es el citófono. Buenas noches, ¿quién busca? ¡Claudia! Por favor, que suba altiro. Abro la puerta y la veo con la cara marchita de años y lágrimas y me dice quiero verla como tú, Pablo. ¿Se podrá? Y no sé si se puede pero tenemos que intentarlo, le digo. Ven, pasa, te caliento arroz y te frío unos huevos, no, tienes que comer aunque no tengas hambre. Aquí no hay lugar para los peros ¿Ya terminaste? Tranquila, después lavamos los platos, ahora debemos meternos bajo la cama. Sí, bajo la cama, como cuando éramos niños, de otra forma no funciona. Perdona lo sucio, deja tus zapatos allá y ahora métete bien adentro, cierra los ojos no te muevas y no digas nada. Yo estoy contigo. No te muevas, le repito y por instinto tomo su mano con el mismo susto que teníamos al quedarnos solos y como me la tomaste esa vez y pasan los minutos y las horas y de repente Claudia tiembla y me susurra ¡la veo, Pablo! ¡La puedo oír!, y le digo que yo también. Porque te vemos, mamá. Te vemos igual como te vi cuando me revelaste esa magia que ahora ya no es solo mía. Te vemos con la misma ropa y la misma sonrisa de ese día, sin miedo en el rostro ni en el pecho. Te vemos igual que cuando jugábamos contigo, y aunque no podamos tocarte te vemos y te escuchamos y ya no dejaremos de encontrarte porque jamás te has ido de nosotros. Y cuando siento la mano de la Claudia apretar la mía con amor me pongo contento como hacía muchos años, cuando estábamos los tres solos bajo tu cama y los monstruos pasaban de largo.

LA LUZ EN LA VENTANA

El hombre mira entreabriendo la puerta de la pieza al cuerpo que duerme con dificultad en la cama. Todo parece tan calmo, tan quieto, como una boca cerrada a punto de abrirse para gritar, porque si a las calles de la ciudad no las conmueve ni un alma, en cada casa y departamento hay un grito encarcelado que no traspasa las paredes. Espía los grandes ojos cerrados de su mujer, su rostro delgado, su cuerpo marchitándose por las dos semanas durmiendo mal y comiendo apenas por las escaras que se le habían formado en la boca. Ella duerme o parece dormir y su pecho sube y baja en una respiración larga y penosa. Él ya sabe que el ejercicio mismo le es difícil y quiere íntimamente tocarla, decirle unas palabras al oído, besarla. Pero cada vez que ella abría los ojos, cerraba la puerta con sigilo. Ahora también se dispone a cerrar una vez más, quizás la última, hasta que, con el rabillo del ojo, ya casi con el marco cerrado, ve que la cortina que clausura la ventana de la pieza deja entrar un pequeño hilo de luz. Una luz, nada más.

¿Recuerdas cuando nos quedábamos mirando por la ventana? Veíamos el sol aparecer tras la montaña y la ciudad despertando a otra mañana feroz e inquieta, y por la noche a las estrellas competir con las luces insomnes de vidrio y neón. ¿Por qué tuvo que venir la noche a acunarse en tu pecho? Ni ellos ni nadie lo sabía. Sólo supieron

que la peste había llegado y el gobierno ordenó a la gente a encerrarse en sus casas sin demora. Después de ya varias semanas desde su aparición, aún no era posible conocer la naturaleza de esta o si había una cura posible. El horror todavía no tenía nombre ni identidad, por lo que la única opción posible era esconderse y, sobre todas las cosas, evitarse a cualquier costo. A solo unos metros, los amigos, los padres, los hijos, los amantes debían permanecer separados; estando a veces a un par de pasos de un abrazo o un beso, el miedo era el muro que los obligaba a estar separados.

Todavía veo la luz caer en tu rostro cuando mirabas por la ventana, el viento caliente del verano moviendo tu pelo, la lluvia mojando tus mejillas en invierno. Decías que desde ahí te sentías como en lo más alto de una torre, serena e intocable, que nada podría herirte en ese refugio que era nuestro, que ya no te preocupes más, Eduardo, aquí nada puede herirme si estás tú, y sin embargo te vi tantas veces cuando te escondías de tus monstruos en un rincón y hoy te veo ahí, casi quebrada por la enfermedad y tu propia pena que nunca fue solo tuya. ¿Estuve en verdad ahí contigo, Beatriz? ¿Me dejaste entrar alguna vez? El cuerpo de la mujer se agita con levedad por un sueño intranquilo y él entra como muchas veces con la mascarilla en el rostro para poner una toalla húmeda en su frente que aplaque en algo la fiebre. Cuando Beatriz empezó a sentir frío, a ver que su piel se tornaba gris, ambos se dieron cuenta de que el mal había llegado. Como si fuese parte de un pacto secreto, ella se fue caminando con lentitud a la pieza, cerrando la puerta mientras él desinfectaba todo lo utilizado y colgaba en la entrada de la casa y en la ventana del balcón un pañuelo azul: la señal convenida para anunciar al mundo que la pequeña fortaleza de 35 metros cuadrados había sido vencida. A la mañana siguiente los vecinos dejaron en la entrada comida e implementos para el cuidado de ambos y Eduardo le gritaba tras la puerta cerrada con emoción, con el corazón lleno de esperanza, que pronto hallarían una forma de sanarla, y a pesar de no poder verse ambos se sentían, con la madera de la puerta convirtiéndose en la única extensión de su tacto. Pero luego los síntomas fueron avanzando y con ello el cuerpo de Beatriz se fue entumeciendo por el frío que recorría la espalda y las extremidades, y sus ojos comenzaron a nublarse, el gris de la piel se acentuó y con ello la inapetencia, el cuerpo delgado de súbito, el paladar y la garganta que se rompían con espantosa facilidad ante un ataque de tos, y una tristeza profunda como esa llanura imaginaria que Beatriz decía ver desde su atalaya comprada a crédito. Pronto la cama fue el único lugar que ella pudo ocupar, cada vez más abandonada a la peste y a sus monstruos. Tus monstruos, Beatriz, esos que dejaste recorrerte porque yo soy así y nada puedo hacer para cambiarme, como me decías cuando te desvelabas llorando y rehusabas que te ayudara. Decías que la luz entrando por la ventana era tu refugio, que ahí la pena se escondía hondo en tu pecho, cegada por el sol, cuando esa luz era el único lugar donde tú y yo éramos felices y hoy es un pequeño rayo que entra furtivo entre las cortinas para mostrarme tu cuerpo marchito y decirme que nos queda cada vez menos tiempo. Ya es tarde para nosotros, tal vez. Eduardo le servía el almuerzo y dejaba el plato en el piso a la entrada de la pieza, mirando a Beatriz a distancia segura que comía con lentitud, con dolor por cada mordida y cada trago, y él la veía con una mezcla extraña de compasión y olvido. Sabía que era ella, podía reconocer sus facciones a pesar de la violenta flacura, pero a la vez la encontraba cada vez más desconocida, como si también fuera su

alma la que se fuera adelgazando y rompiendo cada vez. A veces se veían a través de la puerta semiabierta y ella estiraba la mano con dificultad, como queriendo acariciarlo con el aire que sus dedos tocaban, y él a veces respondía el gesto con el corazón apretado, pero en otras ocasiones el corría la mirada con gesto renuente. ¿Me dejaste entrar alguna vez? Cada día que pasaba, cada hora, la enfermedad seguía consumiéndolos. Porque en el horror que había llegado para separarlos, el hombre intuyó que ambos eran los enfermos: ella, de aflicción y de dolores y de muerte; él, de una apatía que medraba a pesar de su amor, y ambos sentimientos crecían en su pecho, atormentándolo.

Ya había perdido la cuenta de los días, cuando la televisión y los murmullos de las calles anunció lo inesperado: la ciencia descubrió la causa de la peste y prometió un tratamiento efectivo para los portadores y enfermos en primeras etapas. El gobierno ya había ordenado al ejército recorrer el país para rescatar a todos los que fueran posibles de sanar. ¿Ves la luz entrar por la ventana, Beatriz? Lentamente se va haciendo más y más grande, pero no logra tocarle. Al caer la noche Eduardo se dio cuenta que varios camiones empezaban a patrullar las calles, recogiendo a los que podían ser salvados. Era tan simple huir. El encierro lo había llevado a la desesperación y veía con el corazón fogoso a algunos de sus vecinos saliendo de sus casas para ser rescatados. Algunos iban con sus familias completas y otros dejaban los hogares en soledad, sin voltear a ver lo que dejaban. La esperanza quemaba su pecho, pero a la vez una fría preocupación empezó a atacarlo. La solución no servía para los ya muy enfermos, que estaban condenados a consumirse en una agonía lenta y atroz. Eduardo termina de hacer una rápida maleta y va caminando, con miedo, hacia la pieza. Entreabre la puerta, enciende la luz y ve a Beatriz con violenta claridad. La enfermedad había avanzado con brutalidad; el cuerpo se hallaba tan gris, tan contraído y demacrado, tan flaco, que parecía ser el engendro de un monstruo. La boca manaba un hilo de baba y sangre y los ojos estaban inyectados de una bruma infecta. Y, sobre todo, la tristeza que emanaba de ella y que ya invadía toda la habitación. La imagen casi lo hizo caer, pero cuando su mano se levantaba para ocultar la visión, miró a su rostro otra vez. En él halló un brillo que creía perdido. En él, volvió a encontrar a su mujer y una vez más la apatía y la compasión lucharon a muerte en su pecho. ¿Es la luz, Beatriz? ¿Quieres dejarme entrar por fin? Era tan simple entrar y encerrarse y olvidarse del mundo. Vio a la mujer abrir sus ojos en un final esfuerzo y comprendió lo inevitable. La amaba, pero ya estaba perdida. De pronto, una llamada nació en su pecho.

Sonó una bocina estridente desde la calle. Los camiones anunciaban su partida. Los ojos de ambos se encontraron al fin. Una lágrima corrió brillante por la mejilla del hombre.

Entonces, cerró la puerta.

Los camiones se alejaron lentamente del conjunto de casas, como una caravana fúnebre que acaba de dejar a los difuntos en su sepulcro, pero sin olvidar que la muerte iba junto a ellos. Algunos miraban con nostalgia lo que habían dejado en las casas; otros, escondían los ojos con culpa. Pronto desviaron las miradas hacia el frente; el miedo quedaba atrás, pero el recuerdo seguía sus mismos pasos. Ya a lo lejos, en uno de los edificios, en una ventana pequeña, en una pieza que había sido una trinchera, se apagaba una luz.

AL FINAL DE LA LISTA

Marcela recitaba los nombres en su libreta con devoción. Su voz anegada en llanto recorría cada línea, salvo la última. Aguardaba lo inevitable, mientras le rendía lento homenaje a cada uno de los suyos, hermanos y víctimas de su pluma y de una magia terrible. Todo lo que quería era que esa espera acabase de golpe, como un estruendo y una luz iluminando con violencia la oscuridad de la sala. Mientras tanto, recordaba con temor la noche difusa en que había comenzado su infierno.

La puerta del departamento se cerró con violencia esa noche. Marcela, temerosa, creyó sumergirse en el fondo de un delirio. Restregó sus ojos; en la luz nocturna de la sala de estar, la pequeña libreta de notas que le habían dejado para que cumpliera su misión se abría vacía de palabras, esperando como una amenaza. La miraba sin saber bien qué hacer, cómo llevar a cabo semejante tarea sólo llenando las hojas de ese minúsculo cuaderno. Había llegado a ese departamento para escapar del terror y el dolor, como última y desesperada decisión para acabar la agonía a la que el enemigo la sometiera día y noche, una y otra vez hasta que el reloj olvidó sus afanes. La única forma que halló para salvarse del horror fue unirse a él.

La orden era simple: anotar en la libreta los nombres y las direcciones de sus compañeros de partido; los debía frecuentar y visitar, anotando lo necesario e indispensable, sin errores ni omisiones y sin levantar sospechas, y a cambio la dejarían en paz y sin amenaza de ningún tipo en ese departamento gris. Marcela aceptó sin pensar en lo que ponía en riesgo o sacrificaba al trabajar como sirvienta del lobo. Navegó un par de horas entre la angustia y la duda, ignorando si luego de completar los nombres y direcciones le quitarían la libreta para entregarle otra, o considerarían su trabajo como terminado y a ella en consecuencia; casi sin pensar, recordó el nombre de un camarada inofensivo, algo arisco, que había conocido en un congreso el año anterior y del que sabía su dirección. Anotó los datos con caligrafía clara y esperó sin saber muy bien qué esperar hasta que se durmió en el sofá.

Al día siguiente, el primer pensamiento de Marcela la llevó a la libreta. Vio la hoja blanca, el nombre, los datos y una marca que no reconoció: lo que antes aparecía claro a la vista, ahora estaba tarjado con una tinta idéntica, que cruzaba la letra de Marcela de lado a lado. La extraña tachadura la sorprendió; el lápiz estaba cerrado en la misma posición en que lo había dejado la noche anterior. Quiso ordenar los hechos de la última noche y, al no encontrar recuerdos ni explicaciones, el temor comenzó a crecer en sus entrañas. Cerró la libreta con una inexplicable sensación de asco, como si aquella marca le advirtiese un hecho horroroso. En ese momento, dos toques en la puerta la sacaron de su estado. Se abalanzó a la entrada con prisa, pero al abrir no vio nada más que el pasillo vacío y una hoja mal doblada en el piso. «Más nombres», decía, sin firma ni remitente.

Arrugó la hoja con temblor en las manos, pensando que en su sueño alguien había entrado al departamento, visto el contenido de la libreta y rayado el nombre. Una sospecha atroz la llevó a garabatear, rápido pero legible, el nombre y la dirección de uno de los matones del partido, a quien consideraba un tipo asqueroso, dejando la libreta en la mesa del comedor: ambos nombres, el tarjado y el nuevo, aparecían con claridad frente a sus ojos. Arrimó una silla, llenó un vaso con jugo añejo del refrigerador y se sentó para contemplar las páginas casi sin pestañear: tres horas después, una línea lenta comenzó a atravesar el nombre del aborrecido. Luego, más rápida, la tinta se extendía de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, hasta dejar una marca informe sobre el nombre. Abrumada, encogida por la sorpresa y el espanto, Marcela entendió que la misma operación había ocurrido la noche anterior y el horror le abrió los ojos; entendió que el cuaderno obedecía a un propósito más allá del de su letra. No pudo descifrar cómo, pero una nube de pena le amargó las horas siguientes y luego el sueño, perdiéndose en el movimiento increíble de la línea que marcaba el nombre, que lo atrapaba en esa red infranqueable de tinta que se extendía sobre su identidad. Marcela se fue a la cama, atrapada por aquella pesadilla que la torturó hasta perderse en un sueño intranquilo.

Despertó sobresaltada a mitad de la noche. En el piso de la sala estaba la libreta abierta. En la puerta, otra nota bajo la rendija. Cuando la abrió decía «¡MÁS NOMBRES!», como si la pluma que la escribió estuviese molesta. Marcela sintió terror: entendió que si no llenaba el cuaderno, buscarían a alguien más que hiciera su trabajo y que sería pronto otro cadáver en algún patio de cruces sin nombre. Intentó hallar

una salida; en eso, recordó que justo esa noche, en un lugar siniestro, sus camaradas ocultos de la persecución se reunirían para discutir los próximos pasos: esa memoria inesperada la animó. Decidió salir, pero entendiendo que según sus amigos ella también era perseguida por el mismo monstruo, se puso lentes oscuros y un pañuelo sobre el pelo, añadiendo un abrigo largo: el día luminoso justificaba los lentes; el frío y las nubes amenazando lluvia, el resto de las prendas. Luego, se precipitó con sigilo por el pasillo largo y helado que separaba la puerta de su departamento de la esquina del corredor.

Regresó esa misma noche con el corazón apretado. Había visto a sus camaradas y amigos en aquella reunión furtiva. Escuchó los murmullos del infierno de los días anteriores y de las acciones que tomaría el partido; algunos susurros, los más velados, hablaron de muerte y derrota. Entonces sus compañeros corearon a pulso los nombres de varios compañeros asesinados o desaparecidos: los Gabriela, André, Víctor, Mariana, Daniel, Jaime y varios otros llenaron todas las gargantas, que gritaron todo lo posible dentro del límite inquieto en que sus clamores podrían denunciar su presencia. Cuando se corearon los dos nombres que Marcela había anotado en la libreta, un leve escalofrío le recorrió la espalda, pero lo que ocurrió después la estremeció del todo: en un momento inesperado, sus ojos encontraron a Darío, su Darío. La alegría la colmó por un momento, pero evitó que su mirada la encontrase. Trató de recordar la mayor cantidad de caras y nombres y gestos, saliendo antes de la reunión y despidiéndose de un par de amigos: nadie le reprocharía la prisa; nadie, pensando en que los compañeros eran perseguidos y cada paso en las calles era una posible ruta a la muerte. Ninguno se opuso a su partida y le desearon la mejor de las suertes para los días siguientes. Marcela saludó y vitoreó, con el puño cerrado apuntando al cielo, y la garganta amarga quitándole el aliento. Regresó esa noche al departamento, atrapada entre la vergüenza y la alegría de volver a ver a Darío. Lo último era lógico; lo primero, insoportable. Encendió la luz y sus ojos se dirigieron por instinto a la libreta abierta en la mesita de la cocina: la miró con desdén mientras cavilaba en las múltiples sensaciones de esa noche. De pronto, los rostros de sus amigos se atravesaron en su memoria, su cara se desfiguró en una mueca de angustia y locura y las manos se fueron crispadas a taparle la boca deformada de espanto; tiró la libreta al piso en un gesto de repulsión, mientras las lágrimas inundaban sus ojos. En la desesperación quiso escapar, pero sabía que a la vuelta de la esquina la esperaba la muerte. Se quedó mirando la libreta, horrorizada, mientras la noche se iba borrando en un nuevo amanecer.

Abrumada por el asco y el terror, acuciada por el miedo, decidió que los primeros nombres que anotaría en la libreta serían los de los compañeros más odiados, aquellos velados o abiertos rivales. La escritura le dolió, pero sabía que lamentaría esas pérdidas menos que cualquier otra. La mañana siguiente anotó varios nombres y direcciones con cierta tranquilidad, y comprobó que un par de ellos se tarjaba el mismo día y una mueca de satisfacción se dibujó en su boca; los otros se fueron borrando conforme pasaron los días. Mientras repasaba el listado en una hoja suelta, pensando bien cada nombre para no marcar a nadie de antemano, dos toques suaves sonaron en la puerta; abrió y como siempre el pasillo estaba vacío,

pero con la nota de costumbre aparecía una botella de pisco barato. Al abrirla, leyó: «Bien. Queremos más», con una caligrafía tranquila y satisfecha de su producción. El corazón de Marcela tuvo una repentina explosión de alegría, levantó la botella del piso y con gesto alegre se dispuso a tomar un vaso de la mesa de la cocina, la misma que tenía la hoja de apuntes y la lista en la libreta, ansiosa de más nombres; cuando la vio, la alegría se escurrió con lentitud de sus manos. Se sentó frente a la mesa, llenó el vaso y siguió trabajando en silencio.

La lista de nombres siguió creciendo con lentitud y constancia: uno a uno fue anotando los nombres de los que debían desaparecer antes. Lentamente también, como si la sombra tardase en dar cacería a los condenados, los nombres fueron manchándose con esa marca amorfa que sellaba sus muertes. El trabajo fue completándose, pero a Marcela pronto la atenazaron las dudas: ¿alguno de sus amigos sospecharía de ella? ¿Qué pasaría cuando los que *debían* morir terminasen y los que siguiesen fueran los que quería? Y sobre todo, ¿habría otros como ella oficiando como carteros del verdugo? «Si existen otros ~~no~~ pensó ~~no~~ solo han caído mis muertos, sino más». Más. Más y el corazón de Marcela se paralizó al recordar la mirada de Darío buscándola entre la multitud de la última reunión. Pensó que si otros hubiesen flaqueado y traicionado como ella, perfectamente lo estarían cazando y quizás ya habría muerto o desaparecido, como tantos otros que había oído durante ese tiempo, antiguos compañeros y amigos que se esfumaron para siempre en esos primeros días feroces. El asco de sus pensamientos y el exceso de alcohol se agolparon en su garganta y una arcada se le atoró, quemándola. Pensó en preguntarle a algún soldado que encontrase en la calle, pero entendió que el ejercicio sería inútil. Salió al pasillo y al acercar el oído a las puertas vecinas trató de oír si se escuchaba algo y tuvo de pronto la sensación de encontrarse frente a un espejo oculto por la puerta, que al abrir no le mostraría otra cosa que su propia imagen deformada por el peso de los muertos. Sobresaltada, cayó de espaldas sobre su propia puerta, no pensando en nada más que salir. «Tienen suficiente por ahora» se dijo y al pensar en eso otra arcada casi la derribó. Tomó su abrigo, lentes y pañuelo, y salió con prisa por el corredor.

Las calles narraban el mismo horror de los días anteriores: sin un calendario o un reloj, era imposible determinar cuánto tiempo había pasado desde el primer golpe o si todo el tiempo se habría detenido y nadie vivía más que el mismo día repetido, jornada tras jornada. Marcela miró a las gentes, tan grises como ella, caminando encorvadas y mirando al piso; en algunas paredes, un grupo de soldados revisaban con violencia a algunas personas que yacían manos a la pared. Aquella visión le hizo esconder la cara con vergüenza e incertidumbre, pensando que tal vez alguno de esos desconocidos a quienes no podía ver el rostro hubiese sido condenado por ella. La posibilidad la quebró y pensó en escapar por uno de los angostos pasajes cercanos a su edificio, pero comprendió que sabrían cómo encontrarla y que el castigo por traicionarlos sería el fin. Vagaba por uno de esos pasillos escondidos cuando alguien se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con un paño que traía un aroma dulce y somnífero. No resistió mucho hasta que el sueño la venció y por un momento no supo nada más.

Cuando despertó, estaba en la cama de una habitación desconocida, con las ventanas tapiadas. La luz de una solitaria ampolleta iluminaba pobremente la sala de paredes claras, pero fue suficiente para ver a Darío, que le traía un pastel y un vaso de jugo. Aún aturdida de sueño, estuvo a punto de pensar que todo lo ocurrido no era sino una pesadilla atroz, pero el relato de Darío de cómo la buscó en el congreso y la siguió hasta donde vivía la hizo comprender la realidad; entendió con alivio que él no sabía lo que ella había hecho y cuando Darío le dijo que pensaban en armar una resistencia, Marcela le suplicó que huyese lo más pronto y lejos posible. Él trató de tranquilizarla, la abrazó y secando sus lágrimas, la besó y el beso despertó en Marcela el último velo de vida que le quedaba, y se amaron hasta que ambos fueron, uno sobre el otro, una lenta respiración desnuda. Marcela miró a Darío, borracho de sueño; se supo feliz por un segundo y entendió que la felicidad no era más que un instante del tiempo maquillado de eternidad. Cuando Darío despertó, le pidió que la dejase cerca de su edificio resguardando no ser atrapado, pidiéndole otra vez que escapara. Darío no contestó al principio, pero le dijo que si todo fallaba volvería por ella para huir donde fuese. Marcela sonrió y dio la vuelta, sin decirle adiós. Fue la última vez que lo vio.

Al llegar a su departamento, una nota había sido dejada bajo la puerta. Con una caligrafía tranquila y casi jovial que decía: «Muy bien. Danos más». Sentada frente a la mesita de la cocina, lloró lánguidamente; las manos tapando la cara hasta que sus ojos se vaciaron de tristeza. Tomó la libreta con vacilación al principio, pero ya más resuelta escribió solo un nombre más, sin dirección, dejando la libreta abierta. De inmediato tomó los borradores que había escrito antes y los destruyó hasta que no quedó rastro alguno. Entonces llenó un vaso con pisco y se puso a beber, recitando los nombres a medio borrar en su libreta macabra. Los leyó y pronunció con cariño una y otra vez y se quedó ahí, sentada y sola, esperando con la dulce paciencia de quien conoce ya su destino.

Marcela recitaba los nombres en su libreta como si compusiera un canto. Su voz, a ratos anegada de llanto, recorría cada línea con devoción, salvo la última de ellas. Recordó con temor la noche difusa en que había comenzado su infierno hasta que horas después, mientras repetía el ejercicio horroroso, el sonido de pasos duros comenzó a llenar el pasillo. Uno, dos, cuatro, diez; de pronto el número fue indescifrable. Por instinto, Marcela tomó la libreta y la apretó contra su vientre. La puerta se abrió con un trueno y desde el umbral solo se vio una multitud de sombras. Un destello feroz iluminó la salita en penumbra. El ruido de metralla acribilló todo silencio; Marcela cayó y mientras su cuerpo se desangraba en leves espasmos, su nombre se fue borrando lentamente al final de la lista

FELIPE
MARILAO
GONZÁLEZ



Escritor y narrador oral. Ex editor de narrativa en Sociedad FollaG y actual narrador oral en el Colectivo de Cuentacuentos La Maleta Cuentera. Oficia de editor independiente y colabora en otros proyectos de difusión y entretención. Ha producido sus propios ciclos de narración oral en librerías y en línea en tiempos de pandemia. Comenta y recomienda libros; a veces, también los escribe. *Papeles fallidos* es su primer libro de cuentos

Este libro
se terminó
de imprimir
en Santiago
de Chile en
diciembre
de 2024.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

- 1.- Sotomayor, Olga. *Susurros que gritan*. 2013. Narrativa poética.
- 2.- Deb M., Michel. *La mala poesía de saito*. 2013. Poesía.
- 3.- Valenzuela, Cristofer. *El dolor de la pasión*. 2013. Poesía.
- 4.- Cravero, Matías. *Otras balas*. 2013. Poesía.
- 5.- Gatica Salamanca, Mauro. *Spin off*. 2013. Poesía.
- 6.- Zetina, Daniel. *Babilonia contra la fe*. 2013. Cuento.
- 7.- Fong, Sergio. *Con un cuello de botella rota*. 2104. Poesía.
- 8.- Crovetto, Paz. *Poemas errantes*. 2014. Poesía.
- 9.- Fénix, Patricia. *Desde las cenizas*. 2014. Poesía.
- 10.- Ocaranza, Raúl. *Letras oleadas*. 2014. Poesía.
- 11.- Navarro, Héctor. *44*. 2014 Poesía.
- 12.- Verdugo, Rodrigo. *Ventanas quebradas*. 2015. Poesía.
- 13.- Rivera, Michael. *Sinfonía H*. 2015. Novela corta.
- 14.- Pastén, Fernanda. *El increíble oficio de mi papá*. 2015. Libro álbum.
- 15.- Soberanes, Israel. *Demencia: alas para el abismo*. 2015. Poesía.
- 16.- Valdivia, Felipe. *Lecciones para luchar*. 2015. Narrativa poética.
- 17.- Quezada, Ignacio. *7 + 1 cuentos ilustrados*. 2016. Cuento infantil.
- 18.- Camboro. *Tanico*. 2016. Cuento infantil.
- 19.- Gutiérrez, Christian. *Los regalos y otros cuentos*. 2016. Cuento infantil.
- 20.- Pérez Aguirre, Ruth. *Cuentos*. 2016. Cuento infantil.
- 21.- Fernández-Loyal, Mariela. *Jikisxaña*. 2016. Cuento Infantil.
- 22.- Novoa, Loreto. *Fotos con los ojos*. 2017. Tuitatura.
- 23.- Chávez, José Eduardo. *Espacios de un mismo ser*. 2017. Microrrelato.
- 24.- Del Valle Inclán, Ramón. *La tienda del herbolario*. 2018. Poesía.
- 25.- Sotomayor, Olga. *100 Días*. 2020. Microtextos.
- 26.- Zeta, María. *El amor es circular*. 2020. Poesía.
- 27.- Shook, David. *12 ideas para aspirantes a editores artesanales*. 2021. Microtextos
- 28.- Viveros, Williams. *Desde la otra vereda*. 2021. Relatos.
- 29.- Lobos Luego, Verónica. *Bechive*. 2021. Poesía ilustrada.
- 30.- Carneiro Lobo, Andrea y Nicoletti Hedlund, Alexandre. *Dos historias sobre suicidio*. 2021. Relatos
- 31.- Sotomayor, Olga. *Un mundo de cartón: 10 años de Olga Cartonera*. 2022. Testimonial.
- 32.- Ríos, Carlos. *Ecosistemas de los libros cartoneros*. 2022.
- 33.- Ramírez Llera, Victoria. *Alejandra*. 2022. Poesía.
- 34.- Cuerva, Alicia. *Recetas que vuelan*. 2022. Recetario.
- 35.- Sotomayor, Olga (ed.). *Marisopas: antología*. 2023. Antología.
- 36.- Marilao, Felipe. *Papeles fallidos*. 2024. Cuentos.